

MARIANA, JUAN DE (1535-1624)

HISTORIA GENERAL DE ESPAÑA

ÍNDICE

De las excelencias de la tierra española.
Del asiento y circunferencia de España.
De las lenguas de España.
De dos divisiones de España: la antigua y la moderna.
Del nombre de España.
Cómo los godos vencieron a las demás naciones bárbaras de España.
Del concilio toledano tercero.
De la primera venida de los moros en España.
Cómo se halló el cuerpo del apóstol Santiago.
De los principios del rey don Alfonso el Magno.
De los principios del reino de Navarra.
De las guerras que hizo el rey don Fernando contra moros.
Cómo el rey don Sancho murió sobre Zamora.
Cómo el Cid ganó Valencia.
De don Diego Gelmírez, obispo de Santiago.
De los principios de la caballería de Calatrava.
Cómo se comenzó la guerra contra moros.
Cómo la victoria quedó por los cristianos.
Cómo alzaron por rey de Castilla a D. Fernando llamado el Santo.
Que los catalanes acometieron el imperio de Grecia.
Que en Aragón nombraron nueve jueces.
Que Granada se ganó.
Sumarios.

DE LAS EXCELENCIAS DE LA TIERRA ESPAÑOLA

«La tierra y provincia de España, como quier que se pueda comparar con las mejores del mundo universo, a ninguna reconoce ventaja, ni en el saludable cielo de que goza, ni en la abundancia de toda suerte de frutos y mantenimientos que produce, ni en copia de metales, oro, plata y piedras preciosas, de que toda ella está llena. No es como África, que se abrasa con la violencia del sol, ni a la manera de Francia es trabajada de vientos, heladas y humedad del aire y de la tierra; antes por estar asentada en el medio de las dos dichas provincias, goza de mucha templanza; y así bien el calor del verano como las

lluvias y heladas del invierno muchas veces la sazonan y engrasan en tanto grado que de España, no sólo los naturales se proveen de las cosas necesarias a la vida, sino aun a las naciones extranjeras y distantes, y a la misma Italia cabe parte de sus bienes y la provee de abundancia de muchas cosas; porque a la verdad produce todas aquellas a las cuales da estima, o la necesidad de la vida, o la ambición, pompa y vanidad del género humano.

Los frutos de los árboles son grandemente suaves; la nobleza de las viñas y del vino, excelente; hay abundancia de pan, miel, aceite, ganados, azúcares, seda, lanas sin número y sin cuento. Tiene minas de oro y de plata; hay venas de hierro donde quiera, piedras transparentes y a manera de espejos, y no faltan canteras de mármol de todas suertes, con maravillosa variedad de colores, con que parece quiso jugar y aun deleitar los ojos de la naturaleza.

No hay tierra más abundante de bermellón. En particular en Almadén se saca mucho y bueno, pueblo al cual los antiguos llamaron Sisapone, y le pusieron entre los pueblos que llamaron oretanos.

El terreno tiene varias propiedades y naturaleza diferente. En parte se dan los árboles, en parte hay campos y montes pelados. Por lo más ordinario pocas fuentes y ríos; el suelo es recio y suele dar veinte y treinta por uno cuando los años acuden. Algunas veces pasa de ochenta, pero es cosa muy rara. En grande parte de España se ven lugares y montes pelados, secos y sin frutos, peñascos escabrosos y riscos, lo que es alguna fealdad. Principalmente la parte que de ella cae hacia el septentrión tiene esa falta; que las tierras que miran al mediodía son dotadas de excelente fertilidad y hermosura. Los lugares marítimos tienen abundancia de pesca, de que tienen falta los que están en la tierra más adentro, por caerles el mar lejos, tener España pocos ríos y lagos no muchos. Sin embargo, ninguna parte hay en ella ociosa ni estéril del todo. Donde no se coge ni pan ni otros frutos, allí nace hierba para el ganado y copia de esparto a propósito para hacer sogas, gomenas y maromas para los navíos, pleita para esteras y para otros servicios y usos de la vida humana.

La ligereza de los caballos es tal, que por esta causa las naciones extranjeras creyeron y los escritores antiguos dijeron que se engendraban del viento, que fue mentir con alguna probabilidad y apariencia de verdad.

En conclusión, aun el mismo Plinio, al final de su *Historia Natural*, testifica que por todas las partes cercanas del mar, España es la mejor y la más fértil de todas las naciones, sacada Italia; a la cual misma hace ventaja por la alegría del cielo y en el aire que goza, de ordinario templado y muy saludable. Y si de verano no padeciese algunas veces de falta de agua y sequedad, haría sin duda ventaja a todas las provincias de Europa y África en todas las cosas necesarias al sustento y arreo de la vida. Demás que en este tiempo, por el trato y navegación de las Indias, donde han, a Levante y a Poniente en nuestra edad y en las de nuestros abuelos, penetrado las armas españolas con virtud invencible, es nuestra España en toda suerte de riquezas y mercaderías dichosa y abundante, y tiene sin falta el primer lugar y el principado entre todas las provincias. De allí, con las flotas que cada año van y vienen, y con el favor del cielo, se han traído tanto oro y plata y piedras

preciosas y otras riquezas para particulares y para reyes, que si se dijese y se sumase lo que ha sido, se tendría por mentira; lo cual todo, demás del interés, redundando en grande honra y gloria de nuestra nación, y del que resulta no menos provecho a las extranjeras, a las cuales cabe buena parte de nuestras riquezas, de nuestra abundancia y bienes. (Lib. I, cap. 1.º).

DEL ASIEN TO Y CIRCUNFERENCIA DE ESPAÑA

La postrera de las tierras hacia donde el sol se pone es nuestra España. Parte término con Francia por los montes Pirineos, y con África por el angosto estrecho de Gibraltar; tiene figura y semejanza de un cuero de buey tendido, que así la comparan los geógrafos, y está rodeada por todas partes y ceñida del mar, si no es por la que tiene por alledaño a los Pirineos, cuyas cordilleras corren del uno al otro mar, y se rematan en dos cabos o promontorios; el uno sobre el Océano, que se llama Olarso, cerca de Fuenterrabía; el otro cae hacia el Mediterráneo, y antiguamente se llamó promontorio de Venus, de un templo que allí a esta diosa dedicaron; ahora, mudada la religión gentilica y dejada, se llama cabo de Cruces. Desde este cabo, donde se remata la Galia que antiguamente se decía Narbonense, hasta lo postrero del estrecho de Gibraltar, se extiende y corre con riberas muy largas entre mediodía y poniente el uno de los cuatro lados de España, el cual va bañado con las aguas del Mar Mediterráneo. Su longitud es de doscientas y setenta leguas, lo cual se entiende discurriendo por la costa; porque si nos apartamos hacia la tierra o hacia el mar, de las riberas y promontorios y ensenadas que hace, menor será la distancia; y advierto que cada legua española tiene como cada cuatro millas de las de Italia. En este lado de España está Colibre, ciudad antigua de la Galia, al presente más conocida por su antigüedad y comodidad del puerto que tiene que por la muchedumbre de vecinos, que son pocos, ni arreo de sus moradores, que todo es pobreza. Pasado el cabo de Venus o de Cruces, que está cerca de Colibre, síguense dos promontorios o cabos, dichos antiguamente el uno Lunario, el otro Ferraria o Tenebrio, que están distantes casi igualmente de la una y de la otra parte de la boca del río Ebro; en el cual espacio y distancia se ve la boca del río Lobregat por donde descarga sus aguas, que siempre lleva rojas, en la mar; y así, los antiguos le llamaron Rubricato, que es lo mismo que rojo. Están también en aquel lado las ciudades de Barcelona, Tarragona, Tortosa, Monteviedro, que fue antiguamente la famosa ciudad de Sagunto (los godos por sus ruinas la llamaron *Murvetrum*, muro viejo), bien conocida por su lealtad que guardó con los romanos y por su destrucción y ruina. Después de Sagunto se siguen Valencia, la boca del río Júcar y Denia, el cabo de Gatas, dicho así por las muchas piedras ágatas que allí se hallan. Los griegos antiguamente le llamaron Caridemo, que es tanto como gracioso, por tener entendido que las dichas piedras tenían virtud para ganar la gracia de los hombres y hacer amigos. Más adelante en el mismo lado se ve Almería, la cual se fundó según algunos lo creen, de las ruinas de Abdera; otros sienten ser la antigua Urçi, situada en los Bastitanos, que es la comarca de Baza. Después está Málaga, y finalmente, a la boca del Estrecho, Heracles o Calpe, donde está asentada y puesta; la cual hoy se dice Gibraltar. Luego se sigue Tarteso o, como vulgarmente la llamamos. Tarifa, de donde todo el Estrecho antiguamente se llamó Tartesiaco, si ya los nombres de Tartesia y Tartesiaco no

se derivan y tomaron de Tarsis, que así se dijo antiguamente Cartago o Túnez, y pudo ser que se mudasen los nombres a estos lugares por el mucho trato que aquella gente de África tuvo en aquellas partes. El mismo Estrecho se llamó Hercúleo, a causa de Hércules, el cual, venido en España, y hechos a manos con grandes materiales y muelles los montes dichos Calpe y Ávila de la una y otra parte del Estrecho, que son las columnas de Hércules, se dice quiso cerrar y cegar aquellas estrechuras, cuya longitud es de quince millas, la anchura por donde más se estrecha el mar apenas es de siete, conforme a lo que Solino escribe; dado que hoy más de doce millas tiene de anchura por la parte más estrecha; la longitud pasa de treinta. El mismo Estrecho se llamó Gaditano, de Cádiz, en latín *Gadeis*, que es una isla a la salida del Estrecho, que está y se ve a la mano derecha en el Océano. Tomó aquel nombre de una dicción cartaginesa que significaba vallado, como también en hebreo lo significa esta palabra *gheder*, por ser Cádiz como Valladar de España contrapuesto y que hace rostro a las hinchadas olas del mar Océano. Estaba esta isla antiguamente apartada setecientos pasos de las riberas de España, y bojaba doscientas millas en circuito; al presente apenas tiene tres leguas de largo, que son doce millas, y della por una puente se pasa a la tierra firme: tan cerca le cae. Así se mudan y se truecan las cosas con el tiempo, que todo lo altera. Desde el postrero del Estrecho hasta el promontorio Nerio, hoy llamado cabo de Finisterre, cuentan los que navegan doscientas veinte y seis leguas, porque el Cabo de San Vicente, que decía promontorio Sagrado, el cual está contrapuesto y enfrente de los Pirineos, que es la mayor distancia y longitud que hay en España, y que corre y se mete muy adentro en el mar, hace las vueltas de las riberas algo más largas que si por camino derecho se anduviese. En estas riberas del Océano están asentadas primero Sevilla junto a Guadalquivir, y después por la parte que el río Tajo se descarga y entra en el mar la ciudad de Lisboa, las cuales en grandeza, número de moradores y contratación compiten con las primeras y más principales de Europa. Está cerca de Lisboa el promontorio Artabro, desde donde el Océano, que a mano siniestra se llamaba Atlántico, comienza a la derecha a llamarse Gállico o Gállego, como, según yo creo, en el mar Mediterráneo los nombres de Baleárico y Ibérico que tiene se distinguen por el río Ebro, aledaño del un mar y del otro. El lado tercero de España, que corre entre los vientos cierzo y cauro o gallego, extiende por espacio de ciento y treinta y cuatro leguas sus riberas, no iguales y derechas, como lo sintió Pomponio Mela, antes hacen no menos desiguales que los demás costados desta provincia. Los puertos más principales que en aquella parte caen son el de La Coruña, que se decía Brigantino, el de Laredo y el de Santander. Por ventura se podría decir que la forma antigua de las marinas de España, así bien como en las demás provincias, se ha mudado, en parte por comer el mar las riberas, y en parte por diversas ocasiones y montes que se han levantado de nuevo donde no los había, que desacreditan las antiguas descripciones de la tierra, y no dan poco en qué entender a los que de nuevo escriben; que tal es la inconstancia de la naturaleza y de las cosas que en la tierra hay. La longitud de los Pirineos, que es el cuarto lado de España, doblando algún tanto hacia ella, se extiende con sus cordilleras muy altas, y corre entre septentrión y levante desde el mar Océano hasta el Mediterráneo por espacio de ochenta leguas. Justino pone seiscientas millas, en que sin duda los números, por la injuria del tiempo en esta parte, están mudados. Desde el muy alto monte de Cantabria, llamado San Adrián, los que allí pasan dicen que se ve el uno y el otro mar, si ya el engaño y apariencia no hace tomar lo que parece verdadero, y

afirmar por cierto lo que a los ojos se les antoja de los que por allí pasan. (Libro I, cap. 2.º)

DE LAS LENGUAS DE ESPAÑA

Todos los españoles tienen en este tiempo y usan de una lengua común, que llamamos castellana, compuesta de avenida de muchas lenguas, en particular de la latina corrupta; de que es argumento el nombre que tiene, porque también se llama romance, y la afinidad con ella tan grande, que lo que no es dado aún a la lengua italiana, juntamente y con las mismas palabras y con texto se puede hablar latín y castellano, así en prosa como en verso. Los portugueses tienen su particular lengua, mezclada de la francesa y castellana, gustosa para el oído y elegante. Los valencianos otrosí y catalanes usan de su lengua, que es muy semejante a la de Lenguadoc, en Francia, o lenguaje narbonense, de donde aquella nación y gente tuvo su origen; y es así, que ordinariamente de los lugares comarcanos y de los con quien se tiene comercio se pegan algunos vocablos y algunas costumbres. Solos los vizcaínos conservan hasta hoy su lenguaje grosero y bárbaro, y que no recibe elegancia, y es muy diferente de los demás y el más antiguo de España, y común antiguamente de toda ella, según algunos lo sienten; y se dice que toda España usó de la lengua vizcaína antes que en estas provincias entrasen las armas de los romanos, y con ellas se les pegase su lengua. Añaden que como era aquella gente de suyo grosera, feroz y agreste, la cual trasplantada a manera de árboles con la bondad de la tierra se ablanda y mejora, y por ser inaccesibles los montes donde mora, o nunca recibió del todo el yugo del imperio extranjero, o le sacudió muy presto. Ni carece de probabilidad que con la antigua libertad se haya allí conservado la lengua antigua y común de toda la provincia de España. Otros sienten de otra manera, y al contrario, dicen que la lengua vizcaína siempre fue particular de aquella parte, y no común de toda España. Muévense a decir esto por testimonio de autores antiguos, que dicen los vocablos vizcaínos, especialmente de los lugares y pueblos, eran más duros y bárbaros que los demás de España, y que no se podían reducir a declinación latina. En particular Estrabón testifica que ni un género de letras ni una lengua era común a toda España. Confirman esto mismo los nombres *briga*, que es pueblo; *cetra*, escudo; *falarica*, lanza; *vipio*, zaida; *buteo*, cierta ave de rapiña; *Necy*, por el dios Marte, con otras muchas dicciones que fueron antiguamente propias de la lengua de los españoles, según que se prueba por la autoridad y testimonio de autores gravísimos, y aun algunas de ellas pasaron sin duda de la española a la lengua latina, de las cuales dicciones todas no se hallan rastro alguno en la lengua vizcaína; lo cual muestra que la lengua vizcaína no fue la que usaba comúnmente España. No negamos empero haya sido una de las lenguas que en España se usaban antiguamente y tenían; sólo pretendemos que no era común a toda ella. La cual opinión no queremos ni confirmarla más a la larga, ni sería a propósito del intento que llevamos detenernos más en esto. (Libro I, cap. 5.º).

DE DOS DIVISIONES DE ESPAÑA: LA ANTIGUA Y LA MODERNA

«La antigua España se dividió en tiempos de los romanos en tres partes, conviene a saber: en la Lusitania, la Bética y lo que llamaban Hispania Tarraconense. Los lusitanos poseían lo postrero de España hacia el Océano occidental; tenían por linderos al río Duero el septentrión; y a la parte del mediodía al río Guadiana; y desde el río Duero, que cae enfrente de Simancas, una línea que se tira hasta la Puente del Arzobispo, y desde allí pasa a los oretanos, que eran donde está ahora Almagro, hasta la ribera del Guadiana, terminaba aquella provincia y la dividía de la provincia Tarraconense. De tal suerte, que comprendía la Lusitania en su distrito a Ávila, Salamanca, Soria, tierra de Plasencia y Trujillo, y otras ciudades y lugares que de presente pertenecen y son de Castilla, Seguía la Bética o Andalucía, la cual está rodeada por los tres lados del río Guadiana, y del uno y del otro mar hasta Murgis o Muxacra, pueblo que estaba asentado cerca del promontorio Caridemo o cabo de Gatas, desde donde una línea hasta los términos de Castulón y hasta los oretanos, donde está la rica villa de Almagro, resulta el otro lado de la Bética a la banda de Levante donde sale el sol.

Todas las demás tierras de España se llamaron y tomaron el apellido que tenían de España Tarraconense de Tarragona, nobilísima población y colonia de los Scipiones, y que fue por largo tiempo la silla del Imperio Romano, donde los pueblos trataban sus pleitos, y de donde procedían las leyes con que los vasallos se gobernaban y los Consejos de la paz y de la guerra. La cual San Isidoro, conforme a la división del gran Constantino, que se halla en Sexto Rufo, dividió en la Tarraconense, en la Cartaginense y Galicia, sin señalar los linderos que cada una destas tres provincias tenían, y no es maravilla, por haberse mudado muchas veces, ya estrechando estas provincias, ya alargándolas, por voluntad de los que mandaban, o conforme las diferentes ocasiones sucedían. Toda la España Tarraconense comprenden los más debajo del nombre de España Citerior, que es lo mismo que de aquende, así como la Lusitania y la Bética entienden debajo del nombre de España Ulterior; ca los que ponen por términos destas dos Españas Citerior y Ulterior al río Ebro, a los tales y a su opinión resisten Plinio y los más eruditos, bien que sin duda en algún tiempo fue así, que se dividían las dos Españas sobredichas con aquel río, de suerte que todo lo que está de esta parte de Ebro hacia poniente se llamó algún tiempo España Ulterior y Citerior lo que cae de la otra parte. La una y la otra España, sin duda en este tiempo tienen nuevos y muchos nombres, los cuales reducir a cierto número es dificultoso, si bien se pueden todos comprender debajo de cinco nombres de reinos que resultaron, y se levantaron como echaban de España los moros. El reino de Portugal y su gente tiene por fundadores a los franceses con su caudillo D. Enrique que fue del linaje de los príncipes de Lorena, dado que nació en Beçanzón, ciudad de Borgoña. Su suegro, don Alfonso el VI, rey de Castilla, le dio con su hija doña Teresa la ciudad de Porto, asentada a la boca del río Duero, y otros pueblos comarcanos. De Portu y de Gallia, que es la Francia, se forjó el nombre de Portugal, la cual opinión siguen algunos autores. Lo más cierto es lo que sienten otras personas más eruditas y cuerdas, que de un lugar que estaba en aquel puerto, que se dijo Cale, y al presente Caya, y de Portu, se compuso este nombre de Portugal.

Entiéndese Portugal por la longitud algo más que la antigua Lusitania, pues pasado el río Duero, llega con campos muy fértiles hasta el río Miño, y sus riberas sobre el mar Océano contienen y se extienden no menos de ciento y diez y siete leguas. Pero la misma

provincia es más angosta que la Lusitania, y su anchura es casi igual hacia el oriente; porque comenzando un poco sobre Berganza, y pasando por los ríos Duero y Tajo, llega a Beja, ciudad puesta en la ribera de Guadiana, río con que se termina hacia mediodía el sobredicho reino de Portugal. Por el septentrión y a la parte de Levante alinda y está pegado con el reino de León, que es la segunda provincia de las cinco ya dichas. Toma este reino su apellido de la ciudad de León, que fue y es hoy la Real y Metrópoli de aquella provincia. Contiene en sí la Galicia toda y las Asturias y Oviedo, las cuales desde el río Mearo y desde el lugar de Ribadeo llegan con sus riberas extendidas hasta el puerto de Llanes.

Ultra desto, de Castilla la Vieja pertenece al reino de León todo lo que está comprendido entre el bosque de Pernia y el río Carrión, hasta que llega a Pisuegra y entra en los aldeaños de este reino; finalmente una línea tirada entre Salamanca y Ávila, que toca las cumbres de aquellos montes y llega a la raya de Portugal. Este fue antiguamente el distrito del reino de León. Juntósele adelante, sacada Plasencia y su diócesis, toda la Extremadura, así dicha por haber, después que se comenzó a recobrar España de los moros con varios sucesos de las guerras, sido mucho tiempo frontera y lo extremo y postrero que por aquella parte poseían los cristianos. Otrosí traen diferente derivación y causa de este nombre de Extremadura, cuya opinión se relatará en otro lugar, y en éste ni la reprobamos ni la recibimos. Extendieronse otrosí algún tiempo los términos deste reino hasta Mérida, ciudad de la Lusitania, y Badajoz, ciudad de la Bética, como en sus lugares irá declarando la historia.

El reino de Navarra, que contamos en tercer lugar entre los reinos de España, está asentado en tierra de los vascones, pueblos antiguos de España. Tiene por las espaldas por linderos y raya los Pirineos y parte del monte que dijimos se remata en el cabo de Finisterre; por las demás partes le ciñen el río Arañón o Arga a mediodía, y por la banda de Poniente otro pequeño río que entra en Ebro bajo de Calahorra, y una parte del mismo Ebro son sus términos y mojones. Esto es lo que contiene de allá de Ebro, porque también desta parte del mismo río los reyes de Navarra, por vía de dote poseyeron a Tudela de Navarra, con otros lugares comarcanos a esta provincia. Dado que es estrecha de términos y no muy llena de gente, tanto que en este tiempo sólo hace cuarenta mil fuegos o vecinos, pareció ponerla entre las principales partes de España, porque los vascones, antiguos moradores della, fueron de tanto valor que por sí sin ayuda de los demás españoles, ganaron de moros muy a los principios aquellas tierras y con nombre y corona real los poseyeron y conservaron hasta la edad y memoria de nuestros padres constantemente, extendiendo muchas veces por varios sucesos de la guerra y ampliando su señorío de manera, que en la ciudad de Nájera se ven sepulcros de aquellos reyes, y en lugares bien distantes de lo que es hoy Navarra se hallan rastros manifiestos de haber tenido distrito que hoy les pertenece. Quién deduce esta palabra de Navarra de otra a ella semejable, es a saber: Navaerría, que compuesta de las lenguas vizcaína y castellana, es lo mismo que tierra llana. Los castellanos llaman navas a las llanuras, los cántabros a la tierra llaman erria; todo, todo junto, querrá decir tierra llana; imaginación aguda y no muy fuera de propósito ni del todo ridícula. Nosotros en estos nuestros *comentarios* y en esta historia llamamos en latín vascones a aquella provincia y a los moradores de ella, que es lo mismo que Navarra y navarros. Está este reino dividido en seis partes o

merindades, que son la de Pamplona, la de Estella, la de Tudela, la de Olite y la de Sangüesa. La sexta, llamada ultrapuertos, cuya cabeza es San Juan de Pie de Puerto está y ha quedado sola en poder de los señores de Bearne.

El reino de Aragón se divide en Cataluña, Valencia, y la parte que propiamente se llama Aragón. Está ceñido por las tres partes de mediodía, levante y septentrión con el mar Mediterráneo y por aquella parte de los Pirineos donde estaban los Ceretanos y hoy Cerdeña y con la raya de Navarra. Por el Poniente tiene por término el río Ebro por la parte que toca a Navarra. Desde allí se tira una línea con muchas y grandes vueltas que hace de Tarazona, Daroca, Hariza, Tiruel, Jetiva y Origüela hasta la boca del río Segura, que está entre Alicante y Cartagena, donde la dicha línea toca nuestro mar y divide las tierras de la corona de Aragón de lo restante de España. Tienen los de Aragón y usan de leyes y fueron muy diferentes de los demás pueblos de España, los más a propósito de conservar la libertad contra el demasiado poder de los reyes, para que con la lozanía no degeneren y se mude en tiranía, por tener entendido como es la verdad, que de pequeños principios se suele perder el derecho de la libertad. El nombre de Aragón se deriva de Tarraco, que quiere decir Tarragona, o lo que es más probable del río Aragón, hoy Arga, el cual corre por donde al principio se comenzaron a ganar de los moros y a extender los términos y distrito de aquel reino.

En Castilla, la cual creen llamarse así de la muchedumbre de castillos que en ella había, y la cual sola en anchura de términos, templanza del cielo, fertilidad de la tierra, agudeza de los ingenios, ricos arcos, y particular y fértil hermosura, sobrepuja todas las demás provincias de España, y no da ventaja a ninguna de las extranjeras, comprendemos parte de las Asturias, es a saber: las de Santillana y toda la Cantabria, antiguamente pequeña región y que no tocaba a los Pirineos; después más ancha, de que es argumento la ciudad, que antiguamente se llamó Cantabriga, y estaba puesta, como se cree, entre Logroño y Viana, a las riberas del Ebro, en un collado empinado que hasta hoy se llama Cantabria vulgarmente; y en San Eulogio mártir se halla el río Cantaber, que se entiende es Ega o Ebro, con el cual se junta el río Aragón; todo lo cual muestra fue la Cantabria algún tiempo mayor de lo que Ptolomeo señala, y aun de lo que hoy llamamos Vizcaya. Está el Señorío y distrito de Vizcaya partido en Vizcaya, Guipúzcoa, Álava y las Montañas. En Vizcaya, que por la mar se tiende desde Portugalete hasta Ondarroa, están las villas de Bilbao y Bermeo. Las marinas de Guipúzcoa desde las de Vizcaya llegan hasta Fuenterrabía; caen en su distrito, además de San Sebastián y el puerto de Guetaria, Salinas, Tolosa; la ciudad de Victoria y Mondragón son pueblos de Álava. Verdad es que en Castilla todos los de aquel Señorío y lengua los llamamos vizcaínos, no de otra manera que los de Gallia Bélgica, sujeta a la Casa de Austria, llamamos generalmente flamencos, si bien el Condado de Flandes es una pequeña parte de aquellos estados. Contiene además desto el reino de Castilla no pocas ciudades de Castilla la Vieja y entre ellas las de Burgos, Segovia, Ávila, Soria y Osma. El reino de Toledo es asimismo parte de Castilla, la cual hoy se llama Castilla la Nueva, y antiguamente la Carpetania. Corre por medio del río Tajo, por sus arenas doradas, suavidad del agua, fertilidad y hermosura de los campos que riega el más celebrado de España; corre hacia la parte de poniente, mas revuelve algún tanto hacia el mediodía como también hacen vuelta los ríos Duero, Guadiana y Guadalquivir. Pasa Tajo en particular por Toledo, ciudad situada en medio de

España, luz y fortaleza de toda ella, fuerte por la naturaleza del sitio, excelente por la hermosura y ingenios de sus moradores, señalada por el culto de la Religión y estudio de las ciencias, bienaventurada por el saludable cielo de que goza. Y dado que su suelo es estéril y en gran parte lleno de peñas, mas por la bondad de los campos comarcanos es abundante de todo género de mantenimientos y de arreos. Cíñela el río casi todo al derredor, que pasa acanalado por entre dos montes ásperos y altos, no sin grande maravilla de la naturaleza. Queda solamente de la ciudad por ceñir hasta el septentrión una pequeña entrada de áspera subida y agria.

Pasado Toledo, a la ribera del mismo río, está asentada Talavera, que Ptolomeo llamó Libora, villa grande en número de gente y de tierra fértil y abundosa; desde allí, el dicho Tajo corta por medio la Lusitania, cuyos términos caían allí cerca, y aumentado de muchos ríos que en él entran, se mete en el Océano junto a la ciudad de Lisboa.

En la misma parte de España se comprende la provincia cartaginense, donde están Cartago, Spartaria, hoy dicha Cartagena, Murcia y Cuenca y los celtíberos cuya cabeza fue Numancia; demás desto la Mancha de Aragón en los contestanos. Pertenece otrosí al reino de Castilla la Bética, que es casi lo que hoy se dice Andalucía, donde están Sevilla, Córdoba y Granada, ciudad que antiguamente se llamó Illiberris, por lo menos estuvo la dicha Illiberris cerca de donde hoy está Granada; de lo cual, demás de otros rastros que desto quedan es argumento muy claro la puerta de Granada, llamada de Elvira, y un monte que allí hay, que se llama del mismo apellido.» (Libro I, cap. 10).

DEL NOMBRE DE ESPAÑA

«Por cierta cosa se tiene haber Hispalo reinado en España después de los Geriones, y Justino afirma que de Hispalo se dice España, en latín *Hispania*, trocada solamente una letra. Añaden otros que por su industria y su apellido se fundó Sevilla, que en latín se dice *Hispalis*, ciudad que en riquezas, grandeza, concurso de mercaderes, por la comodidad del río Guadalquivir y por la fertilidad de la campiña no da ventaja a ninguna otra de España. Dicen más, que por discurso del tiempo, del nombre de Sevilla o *Hispalis* se llamó toda la provincia *Hispania*. San Isidoro atribuye la fundación desta ciudad a Julio César, en el tiempo, es a saber, que gobernó a España; y dice que la llamó Julia Rómula, juntando en un apellido su nombre y el de la ciudad de Roma; y que el nombre de *Hispalis* se tomó de los palos en que estribaban sus fundamentos...

Plutarco escribe que, venido que hobo el otro Dionisio o Baco, es a saber, el hijode Semele, a España, después que sujetó toda la provincia con armas victoriosas, uno de los compañeros que él puso por gobernador de todo, por nombre Pan, fue causa que toda la provincia primeramente se llamara Pania, después Spania, añadida una letra.» (Libro, I, cap. 9.º).

CÓMO LOS GODOS VENCIERON A LAS DEMÁS NACIONES BÁRBARAS DE ESPAÑA

Estaba España dividida en muchos reinos, diferentes entre sí en leyes, costumbres y religión. Los romanos y los españoles abrazaban la religión católica; a los godos tenía inficionados la peste de los arrianos. Las demás naciones bárbaras no habían aún recibido la religión cristiana, antes seguían las supersticiones de sus antepasados. Todos con deseo de conservarse en la parte de que se apoderaran en aquella turbación y revueltas, cada cual por su parte pretendía hacer paces y concertarse con los romanos. Godigisco, rey de los vándalos, al cual algunos llaman Gunderico, y Jornandes Giserico, lo que sin duda es falso, fue el primero a concertarse con estas condiciones: que viviesen en España sin hacer mal y daño a los antiguos moradores, y no pudiesen por título de prescripción de treinta años valerse en algún tiempo contra los romanos para efecto de retener lo que violenta e injustamente hobiesen usurpado. Palabras con que se daba a entender que aquella paz no era tanto por voluntad como por fuerza, y que no duraría más que cuanto tuviesen posibilidad para volver a la guerra y a las manos. De aquel concierto sin duda procedieron entre aquellas gentes nuevas sospechas, y por ellas luego se encendió nueva guerra. Los alanos, como más feroces, acometieron a los vándalos y a los silingos, y los pusieron en necesidad de desamparar la Bética y hacer recurso a Galicia para que, juntando sus fuerzas con las de los suevos, reprimiesen el atrevimiento de los alanos y recobrasen sus asientos, de los que habían echado. Dieron los alanos la vuelta contra los celtíberos y la Carpetania; ganaron de los romanos muchos pueblos y ciudades. Los godos lo mismo, el año siguiente después que asentaron en Francia, pasaron en España, donde con su llegada y ayuda Atalo usurpó el nombre de emperador, título vano y dañoso, pues poco después, falto de consejo y fuerzas, como procurase huir por la mar, fue preso por Constancio, que con gruesas armadas poseía aquellas riberas. Envióle a Honorio; por su mandato le cortaron el pulgar y el dedo segundo, y fue llevado en destierro a la isla de Lipara. Ataúlfo, rey de los godos, o por su natural condición cansado de tantas guerras, o por el nuevo parentesco que con el Emperador tenía, aficionado a los romanos, se inclinaba a dejar las armas y concertarse. Llevaba su gente esto mal por ser feroces y bravos. Acordaron de conjurarse contra él y darle la muerte, como lo hicieron en Barcelona, do tenía su asiento. Ejecutó este caso tan atroz un hombrecillo llamado Vernulfo, de pequeña estatura, pero muy atrevido y muy privado del Rey. Éste, como hallase buena ocasión, con la espada desnuda le atravesó por el costado. Olimpiodoro, uno de los autores de la *Biblioteca de Focio*, le llama Dobio, y dice que dio muerte a Ataúlfo en venganza de la que él antes había dado a su amo. El letrado de la sepultura deste rey, cuya parte hoy se ve en Barcelona, da a entender que seis hijos de Ataúlfo perecieron juntamente con él; al cual letrado cuanta fe se haya de dar otros lo podrán juzgar; a nos parece más moderno que conforme a la antigüedad de aquellos tiempos. Añade Olimpiodoro que un niño llamado Teodosio, que tuvo Ataúlfo en *Placidia*, y murió en su primera edad, estaba sepultado en un oratorio cerca de Barcelona en una caja de plata; demás desto, que a otros hijos de Ataúlfo, habidos del primer matrimonio, mató Sigerico, sucesor suyo, sacándoles de las faldas y regazo del obispo Sigesar; últimamente, que Placidia con otros cautivos fue forzada a ir corriendo por largo espacio; que tales son las mudanzas de las cosas y los reverses del mundo. En lugar, pues, de Ataúlfo pusieron a Sigerico por voto de la nación, por ser persona de industria y de esfuerzo conocido en guerra y en paz. Fuera de esto, era alto de cuerpo y de buena

apariencia, dado que de una caída de un caballo renqueaba de una pierna. Éste, como quier que siguiese las pisadas de Ataúlfo en lo que era inclinarse a la paz, dentro del primer año de su reinado murió también a manos y por conjuración de los suyos. Sucedióle Walia, hombre inquieto y belicoso. De éste escriben que al principio de su reinado con una armada que juntó quiso pasar en África, sea perdida la esperanza de sustentarse en España por el espanto que Constancio de una parte y las naciones bárbaras de otra le causaban, sea por el deseo que él mismo tenía de apoderarse de la Mauritania, provincia en aquellos tiempos sujeta y moviente de España, sea por cualquiera otra ocasión, lo que sucedió es que, con la fuerza de una tempestad deshecha que le sobrevino en lo más angosto del Estrecho, se desrotó toda la armada de tal suerte, que le fue forzoso darle la vuelta a España y en ella tomar asiento con Constancio. Las condiciones del concierto fueron que entregase a Placidia, mujer que fue de Ataúlfo, que por voluntad del Emperador, su hermano, estaba prometida al dicho Constancio; y que los godos hiciesen la guerra en España a las otras naciones bárbaras en pro del imperio romano para que todo lo que se ganase quedase por suyo, y ellos se contentasen con lo que en las haldas de la Galia y de España antes poseían. Hízose esta paz el año 418, según que lo refiere Paulo Orosio, presbítero tarraconense, muy conocido por su erudición y por la amistad que tuvo con los santos Augustino y Jerónimo. Prosiguió este autor la historia de las cosas romanas e hizo fin en el año luego siguiente después de éste, en que fueron cónsules Flavio Monaxio y Flavio Plinta. A Constancio demás de casarlo con Placidia hizo Honorio su compañero en el imperio. A Walia dio graciosamente y añadió el señorío de la Guyena, en premio de la guerra que hizo y de haber sujetado, como se concertó las gentes bárbaras. Es la Guyena un pedazo principal de la Galia, que tiene por aledaños por la una parte los montes Pirineos y por la otra el río Garona. Las ciudades más principales son Tolosa dentro de la tierra, y junto al mar Océano la ciudad de Burdeos. La guerra entre los godos y las otras naciones se hizo y pasó en esta manera. Desde la Celtiberia hasta do llegó Constancio con cuidado de acudir a las cosas de España, los godos, tomado que hubieron el cargo de la nueva guerra, acometieron a los alanos, feroces por el buen suceso que tuvieron antes, tanto, que no contentos con las primeras tierras y términos, aspiraban al imperio de toda España. Mataron en una batalla a su rey Atace con otros muchos, y forzaron a los demás que escaparon que, dejada la Lusitania, se pasasen a Galicia, do mezclados con los suevos perdieron el nombre de su gente y reino. Algunos sospechan que Alanquer, pueblo en tierra de Lisboa, y otro que se llama Alanin, en los montes de Sevilla, tomaron estos nombres de los alanos, porque Alanquer antiguamente se dijo Jerabrica. La conjetura que hay para decir esto es sola la semejanza de los nombres, ni cierta ni del todo vana. Con el mismo ímpetu de esta guerra fueron maltratados los silingos y domados en una batalla que se dio cerca de Tarifa.

Quedaron con esto tan oprimidos, que les pusieron por gobernadores personas de la nación de los godos. Escarmentados con esto los vándalos y los suevos, con retención de lo que tenían, se sujetaron a los romanos, en cuyo nombre se hacía la guerra, aunque con las armas, trabajo y peligro de los godos. Pretendían los suevos otrosí ganar sueldo de los romanos; ellos no quisieron venir en ello por que no les quedase con las armas poder de alborotarse. Walia, habiendo en breve concluido tan grande guerra y dejando a España sujeta y sosegada, como volviese a la Galia, talleció de su enfermedad año 419. Reinó sólo tres años, en el cual tiempo acabó cosas tales y tan grandes, que ilustró grandemente

su nombre y el de su nación, además de la Guyena que, como queda dicho, le dieron de nuevo en premio de sus hazañas. (Libro V, cap. 2.º)

DEL CONCILIO TOLEDANO TERCERO

Gobernaba por estos tiempos la iglesia de Toledo después de Montano, Juliano, Bacauda y Pedro, que todos cuatro por este orden fueron prelados de aquella iglesia y ciudad, Eufimio, sucesor de Pedro, varón señalado en virtud y erudición. Deseaba el Rey, así por ser ya católico, según está dicho, como por mostrarse agradecido a Dios de las mercedes recibidas en librarle tantas veces de los lazos que los suyos le armaban y de las guerras que de fuera se le levantaban, confirmar con público consentimiento de sus vasallos y con aprobación de toda la Iglesia, la religión católica que abrazaba. Procuraba otrosí que la disciplina eclesiástica relajada, como era forzoso, por la revuelta de los tiempos, se reforzase y restituyese en su vigor. Comunicóse con Leandro, arzobispo de Sevilla, por cuya dirección, como era justo, se gobernaba en sus cosas particulares y en las públicas. Pareció sería muy a propósito convocar de todo el señorío de los godos los obispos para que se tuviese concilio nacional de toda España en Toledo, ciudad regia, que así de allí adelante se comenzó a llamar a causa que los reyes godos, según que se ha dicho, pusieron en ella la silla de su imperio. Señalóse día a los obispos para juntarse: acudieron como setenta, y entre ellos cinco metropolitanos, que es lo mismo que arzobispos. Abrióse el Concilio, y túvose la primera junta al principio del mes de mayo, año del Señor de 589. En aquella junta hizo el Rey a los padres congregados un breve razonamiento. Al rey dieron las gracias por la mucha afición que mostraba a la religión católica. Junto con esto mandaron se ayunase tres días para disponer los ánimos y conciencias. Túvose después la segunda junta; en ella el rey ofreció a los padres por escrito en nombre suyo y de la reina Bada una profesión que hacía de la fe católica y abjuración de la perfidia arriana. Recibiéronla los padres con gran aplauso y satisfacción por resplandecer en ella la piedad del Rey y estar en ella comprendida la suma de la verdadera religión. En particular en el símbolo constantinopolitano que allí se pone, por expresas palabras se dice que el Espíritu Santo procede del Padre y del Hijo. A los demás, así obispos como grandes que se hallaban presentes, y dejada la secta arriana querían abrazar la verdad e imitar el ejemplo de su Rey, les preguntaron si en aquella profesión y abjuración les descontentaba alguna cosa. Dieron por respuesta que aprobaban y abrazaban todo lo que la Iglesia católica profesa. Ocho obispos y cinco grandes fueron los que, renunciadas las malas opiniones, públicamente después de los reyes, dieron de su mano firmada otra profesión de fe semejable a la primera. Concluido esto, que fue la primera parte del santo Concilio, en segundo lugar se promulgaron veinte y tres cánones a propósito de reformar las costumbres y la disciplina eclesiástica. En ellos es de considerar lo que en particular se manda acerca de la comunión, es a saber, que ninguno del pueblo pudiese comulgar sin que públicamente él y todos los que presentes estaban, en tanto que se decía la misa, pronunciasen el símbolo de la fe que habían recibido de la forma que en el Concilio constantinopolitano se promulgó. Puédese entender que de este principio se tomó la costumbre guardada comúnmente en España hasta nuestro tiempo que ninguno comulgase antes que en compañía del sacerdote haya pronunciado todos los

artículos de la fe y del símbolo cristiano. El Rey por un su edicto confirmó todas las acciones del Concilio, mandando que se guardase todo lo en él decretado. Por remate y conclusión hizo Leandro a los padres y al pueblo un razonamiento muy elegante... (Libro V, cap. 15.)

DE LA PRIMERA VENIDA DE LOS MOROS EN ESPAÑA

Las armas de los sarracenos por estos tiempos volaban por todo el mundo con grande valor y fama. Tuvo esta canalla su origen y principio en Arabia, y a Mahoma por caudillo, el cual primeramente engañó mucha gente con color de religión. Después se apoderó de las partes y provincias de levante desde allí se extendió hacia mediodía, y en breve espacio de tiempo llegó hasta las postreras tierras de occidente. Consideró el emperador Heraclio el peligro que amenazaba; y así después que venció a Cosroes, rey de Persia, y se apoderó de la Asia, procuró con maña atajar en sus principios esta peste; dio sueldo a cuatro mil sarracenos de los más nobles y valientes. Mostró con esto querer honrallos y hacer de ellos confianza, como quier que a la verdad pretendiese tenerlos cerca de sí para seguridad que no levantasen, según que habían comenzado, nuevas alteraciones y guerras. Sucedió que pidieron cierto vestido debido a los soldados por una ley de Justiniano, que hasta hoy se conserva. Nególes su petición el prefecto del Fisco, que en tiempo tan estragado era un eunuco; díjoles palabras afrentosas, es a saber; «¿Qué sobra a los soldados romanos que se pueda dar a estos canes?» Irritáronse ellos con aquella respuesta y palabra de aquel hombre afeminado. Levantaron sin dilación sus banderas, y vueltos a su tierra, se apoderaron de muchas ciudades comarcanas del imperio romano. Sujetaron a Egipto y a los persas, flacos a la sazón y sin fuerzas por las victorias que poco antes sobre ellos ganaron los romanos, y no sólo los sujetaron como vencedores, sino también los compelieron a que profesasen la ley y tomasen el nombre de sarracenos. Con el mismo ímpetu tomaron toda la Siria, y diversas veces acometieron la África, en que los trances fueron diferentes, ca veces vencían, y a veces al contrario; mas últimamente salieron con la empresa. Fue así que el rey de esta gente, por nombre Abimelech, con un grueso ejército se metió por África y se puso sobre Cartago; tomóla y echóla por tierra, pero sin embargo fueron vencidos y echados de toda la África por Juan, prefecto del Pretorio, gobernador a la sazón de aquellas partes. Tornábanse a rehacer para entrar de nuevo con más fuerzas y más bravos. Por este respecto Juan se embarcó y pasó a Constantinopla para pedir gente de socorro al emperador Leoncio, que fue el año del Señor 700, poco más o menos. Las legiones romanas que en África y en Cartago quedaban, cansadas de esperar o con deseo de novedades, alzaron por emperador a un Tiberio Apsimaro, y para apoderarle del imperio pasaron con él a la misma ciudad de Constantinopla. Con esto quedó África desapercibida y flaca; acometiéronla de nuevo y sujetáronla los sarracenos. Pasaron adelante, e hicieron lo mismo en la Numidia y en las Mauritancias sin parar hasta el mar Océano y Atlántico, fin y remate del mundo. Era señor de toda aquella gente y de aquel imperio Ulit, llamábase Miramamolín, que era apellido de supremo emperador. Gobernaba en su nombre lo de África Muza, hombre feroz, en sus consejos prudente, y en la ejecución presto. El conde don Julián, luego que alcanzó licencia del Rey para pasar África, de camino se vio con las cabezas de la conjuración,

para más prenderlos; hablóles conforme al apetito de cada cual, prometía a unos riquezas, a otros gobiernos, con todos blasonaba de sus fuerzas, y encarecía la falta que de ellas el Rey tenía. No lejos de la villa de Consuegra está un monte llamado Calderino, y porque este nombre en arábigo quiere decir monte de traición, los de aquella comarca se persuaden, como cosa recibida de sus antepasados, que en quel monte se juntaron el Conde y los demás para acordar, como acordaron, de llamar los moros a España. Llegado en África, lo primero que hizo fue irse a ver con Muza; declaróle el estado en que las cosas de España se hallaban; quejóse de los agravios que el Rey tenía hechos sin causa, así a él como a los hijos del rey Witiza, que además de despojarlos de la herencia de su padre, los forzaba a andar desterrados, pobres y miserables y sin refugio alguno; dado que no les faltaban las aficiones de muchos, que llegada la ocasión se declararían. Que era buena sazón para acometer a España y por este camino apoderarse de toda la Europa, en que hasta entonces no habían podido entrar. Sólo era necesario usar de presteza para que los contrarios no tuviesen tiempo de aprestarse. Encarecíale la facilidad de la empresa, a que se ofrecía salir el mismo con pequeña ayuda que de África le diesen, confiado en sus aliados. Que por tener en su poder, de la una y de la otra parte del Estrecho, las entradas de África y de España, no dudaría de quitar la corona a su contrario. No le parecía al bárbaro mala ocasión ésta; sólo dudaba de la lealtad del Conde, si por ser cristiano guardaría lo que pudiese. Parecióle colocar el negocio con el Miramamolín. Salió acordado que con poca gente se hiciese primera prueba de las fuerzas de España y si las obras del Conde eran conforme a sus palabras. Era Muza hombre recatado; hallábase ocupado en el gobierno de África, empeñado en muchos y graves negocios. Envió al principio so doscientos de a caballo y cuatrocientos de a pie repartidos en cuatro naves. Estos acometieron las islas y marinas cercanas al Estrecho. Sucedieron las cosas a su propósito, que muchos españoles se les pasaron. Con esto de nuevo envió doce mil soldados, y por su capitán Tarif, por sobre nombre Albenzarca, persona de gran cuenta, dado que le faltaba un ojo. Para que fuese el negocio más secreto y no se entendiese dónde encaminaban estas tramas, no se apercebíó a la armada en el mar, sino pasaron en naves de mercaderes. Surgieron cerca de España, y lo primero se apoderaron del monte Calpe y de la ciudad de Heraclea, que en él estaba, y en lo adelante se llamó Gibraltar, de Gebal, que en arábigo quiere decir monte, y de Tarif, el general, de cuyo nombre también, como muchos piensan, otra ciudad allí cerca, llamada antiguamente Tarteso, tomó nombre de Tarifa. Tuvo el rey don Rodrigo aviso de lo que pasaba, de los intentos del Conde y de las fuerzas de los moros. Despachó con presteza un su primo llamado Sancho (hay quien le llama Iñigo) para que le saliese al encuentro. Fue muy desgraciado este principio, y como pronóstico y mal agüero de lo de adelante. El ejército era compuesto de toda broza, y como gente allegadiza, poco ejercitada; los escuadrones mal formados, las armas tomadas de orín, los caballos, o flacos o regalados, no acostumbrados a sufrir el polvo, el calor, las tempestades. Asentaron su real cerca de Tarifa; tuvieron encuentros y escaramuzas, en que los nuestros llevaron siempre lo peor; últimamente, ordenadas las haces, se dio la batalla, que estuvo por algún espacio en peso sin declarar la victoria por ninguna de las partes, pero al fin quedó por los moros el campo. Sancho, el general, muerto, y con él parte del ejército; los demás se salvaron por los pies. Pasaron los bárbaros adelante engreídos con la victoria, talaron los campos de Andalucía y de la Lusitania, tomaron muchos pueblos por aquellas partes, en particular la ciudad de Sevilla, por estar desmantelada y sin fuerza. Sucedió esta primera desgracia el

año 713, en cual Sinderedo, arzobispo de Toledo, por la revuelta de los tiempos o por la insolencia del Rey se ausentó de España. Pasó a Roma, do los años adelante se halló en un Concilio lateranense, que se celebró por mandato del papa Gregorio III. Por su ausencia los canónigos de Toledo trataron de elegir nuevo prelado por no carecer de pastor en tiempo tan desgraciado. No hicieron caso de don Oppas, como de intruso y entronizado contra derecho. Dieron sus votos a Urbano, que era primiclerio de aquella iglesia, que era lo mismo que chantre, persona de conocidas partes y virtud. Pero porque su elección fue en vida de Sinderedo, y parece no fue confirmada por quien de derecho lo debía ser, los antiguos no le contaron en el número de los prelados de Toledo, como se saca de algunos libros antiguos en que se pone la lista y catálogo de los arzobispos de aquella ciudad. (Libro VI, cap. 22.)

CÓMO SE HALLÓ EL CUERPO DEL APÓSTOL SANTIAGO

Floreció el culto de la religión cristiana antiguamente en lo postrero de Galicia y en aquella parte do está situada Iria Flavia, que es el Padrón, quanto en cualquier otra parte de España. La cruel tempestad que se despertó contra los siervos de Cristo en el tiempo que prevalecía la vanidad de los muchos dioses, y por mandato de los emperadores romanos todo género de tormentos se empleaban en los cuerpos de los que a Cristo reverenciaban, hizo que de todo punto se acabase en aquellos lugares la cristiandad. Por donde ni en lo restante del imperio romano ni en el tiempo que los godos fueron señores de España, se tenía noticia del sepulcro sagrado del apóstol Santiago. Con el largo tiempo y con este olvido tan grande, el lugar en que estaba se hinchó de maleza, espinas y matorrales, sin que nadie cayese en la cuenta de tan gran tesoro hasta los tiempos de Teodomiro, obispo iriense. Miro, rey de los suevos, de quien arriba se hizo mención, conforme a la costumbre y observancia de Roma, dejó señalados los términos por todo su reino a cada uno de los obispados, y por obispo de Iria quedó Andrés. Sucediéronle por orden Dominico, Samuel, Gotomaro, Vincibil, Félix, Hindulfo, Selva, Leosindo, o Teosindo, Enula, Romano, Augustino, Honorato, Hindulfo. De los cuales todos, fuera de los nombres no ha quedado noticia alguna, y con la misma oscuridad de ignorancia y olvido quedaron sepultados todos los demás que les sucedieron, si la luz del apóstol Santiago no abriera los ojos, y su resplandor, que en breve pasó por todo el mundo, no los esclareciera. Fue aquel sagrado tesoro hallado por diligencia de Teodomiro, sucesor de Hindulfo, y por voluntad de Dios en esta manera. Personas de grande autoridad y crédito afirmaban que en un bosque cercano se veían y resplandecían muchas veces lumbreras entre las tinieblas de la noche. Recelábase el santo prelado no fuesen trampantojos; mas con deseo de averiguar la verdad fue allá en persona y con sus mismos ojos vio que todo aquel lugar resplandecía con lumbres que se veían por todas partes. Hace desmontar el bosque, y cavando en un montón de tierra hallaron debajo una casita de mármol y dentro el sagrado sepulcro. Las razones con que se persuadieron ser aquel sepulcro y aquel cuerpo del sagrado Apóstol no se refieren; pero no hay duda sino que cosa tan grande no se recibió sin pruebas bastantes. Buscaron los papeles que quedaron de la antigüedad,

memorias, letreros y rastros, y aun hasta hoy se conservan muchos y notables. Aquí, dicen, oró el Apóstol, allí dijo una misa, acullá se escondió de los que para darle muerte le buscaban. Los ángeles que a cada paso, dicen, se aparecían, dieron testimonio de la verdad como testigos abonados y sin tacha. El Obispo, con deseo de avisar al Rey de lo que pasaba, sin dilación se partió para la corte. Era el Rey muy pío y religioso, deseoso de aumentar el culto divino, demás de las otras virtudes en que era muy acabado. Acudió en persona, y con sus mismos ojos vio todo lo que le decían; la alegría que recibió fue extraordinaria. Hizo que en aquel mismo lugar se edificase un templo con nombre de Santiago, bien que grosero y no muy fuerte por ser de tapiería. Ordenó beneficios y señaló rentas de que los ministros se sustentasen conforme a la posibilidad de los tesoros reales. Derramóse esta fama, primero por España, después por todo el orbe cristiano, con que la devoción del apóstol Santiago se aumentó y dilató en gran manera. Concurrió gente innumerable de todas partes, tanto que en ningún tiempo se vio acudir a España, aun cuando gozaba de su prosperidad, tantos extranjeros. De Italia, Francia y Alemania venían, los de lejos y los de cerca, movidos de la fama que volaba. Aumentábase la devoción con los muchos y grandes milagros que cada día se hacían al sepulcro del santo Apóstol, que daban testimonio bastante de que no era sin propósito lo que se había creído y se divulgaba. Gobernaba a esta sazón la Iglesia Romana el pontífice León, tercero deste nombre; hicieron recurso a él el rey don Alonso, y a su instancia, y en su favor, Carlo Magno, que a esto entiendo yo se enderezaba principalmente la embajada que dijimos. Pidieron que el obispo iriense, sin mudar por entonces el nombre que antes tenía, trasladase su silla a Compostela para más autorizar aquel santo lugar. Venían en ello los grandes y prelados de España. Condescendió el Pontífice a tan justa demanda con tal que el arzobispo de Braga, cuyo sufragáneo era aquel obispado, no fuese perjudicado en alguna manera; dado que Braga por aquel tiempo no se habitaba, ca la destruyeron los moros. De la una y de la otra condición la iglesia de Compostela quedó exempta doscientos y setenta y cinco años adelante, cuando por concesión de los pontífices romanos y a instancia de los reyes de España se trasladaron a Santiago los privilegios y autoridad de Mérida, iglesia en otro tiempo metropolitana, como se declara en otro lugar. En los archivos y becerro de Compostela se halla un privilegio de este rey don Alonso, en que hace donación a aquella iglesia de aquella nueva población con tres millas de tierra de todas partes en derredor que le señaló por territorio; en él en particular se hace mención de la invención que sucedió en aquel tiempo del sepulcro y cuerpo del Apóstol sagrado. No dejaré de avisar antes de pasar adelante que algunas personas doctas y graves estos años han puesto dificultad en la venida del apóstol Santiago a España; otros, si no los mismos, en la invención de su sagrado cuerpo por razones y textos que ellos les mueven. Sería largo cuento tratar estos de propósito, y no entiendo sea expediente con semejantes disputas y pleitos alterar las devociones del pueblo, en especial tan asentadas y firmes como ésta es. Ni las razones de que se valen nos parecían tan concluyentes, que por la verdad no militen más en número y más fuertes testimonios de papas, reyes y autores antiguos y santos sin excepción y sin tacha. Finalmente, visto lo que hace por la una y por la otra parte, seguro que hay pocos santuarios en Europa que tengan más certidumbre ni más abonos en todo que el nuestro de Compostela. Tal era y es nuestro juicio en este caso y en estas dificultades. (Libro VII, cap. 10.)

DE LOS PRINCIPIOS DEL REY DON ALONSO EL MAGNO

Don Alonso, a quien por las grandes partes y prendas que tenía de cuerpo y ánima y los esclarecidos triunfos que ganó de sus enemigos dieron sobrenombre de Magno, luego que tuvo aviso de la muerte de su padre, ca no se halló a ella presente, sin poner dilación se partió para Oviedo, ciudad real en aquel tiempo, con intento de hacer las honras al difunto y tomar la posesión del reino, que demás de pertenecerle por derecho por ser el mayor de sus hermanos, todos los estados y brazos se le ofrecían con gran voluntad, sin embargo de su pequeña edad, que apenas tenía catorce años, número de que otros quitan no menos que cuatro años. Yo sospechaba, por lo que sucedió adelante, que en lo uno y en lo otro hay engaño, y que era de mayor edad cuando entró en el reino. En el buen natural que tuvo se igualó a sus antepasados, y aun se la ganó a los más; era alto de cuerpo, de muy buen rostro, y apostura, la suavidad de sus costumbres muy grande. Su clemencia, su valor, su mansedumbre sin par. Señalóse en las cosas de la guerra, y no menos fue liberal con los pobres y que estaban apretados de alguna necesidad. Ca los tesoros, así los que él ganó como los que dejó su padre, no los empleaba en sus gustos, sino en ayudar las necesidades; virtud que hace a los príncipes muy amables, y su fama vuela por todas partes. Aumentó otrosí el culto divino, en particular la iglesia de Santiago, que era de tapiería, la edificó desde los cimientos de sillares con columnas de mármol, cosa en aquellos tiempos rara y maravillosa, por su poco primor y mucha grosería y por la falta de dineros. Reinó cuarenta y ocho años, como lo dice Sampiro, asturicense. En el principio padeció algunas tormentas. Don Fruela, hijo del rey don Bermudo, era conde de Galicia, poderoso en riquezas y aliados; y como persona de sangre real por ventura pretendía pertenecerle la corona, o por menosprecio que tenía del nuevo Rey, en Galicia. Don Alfonso, por hallarse flaco de fuerzas y desapercibido, acordó de dar lugar al tiempo y retirarse a aquella parte de Vizcaya que así entonces como ahora se llamaba Álava, dado que era más ancha que al presente. Pero como el tirano no enderezase el poder que tomara al pro y bien común, sino pretendiese oprimir a sus vasallos, fue muerto por conjuración de los ciudadanos de Oviedo. Acudió luego don Alfonso a las Asturias, donde fue recibido con gran voluntad de los naturales. Sosegó y ordenó las cosas del reino y castigó a los culpados. La parte de Vizcaya que en aquel tiempo se llamaba Álava estaba sujeta a los reyes de Oviedo; lo demás tenía por señor a Zenón, príncipe de linaje de Eudón, duque que fue de Aquitania. Eilón, pariente de Zenón, tenía por el Rey el gobierno de Álava; éste, confiado en la revuelta del reino o en la ayuda de Zenón, se levantó contra el Rey, que en persona acudió a sosegar aquellas alteraciones desde León. Apaciguó en breve y sin sangre aquella provincia; prendió al mismo Eilón y le envió a Oviedo, y le tuvo hasta que falleció en la cárcel. No mucho después venció en la batalla al mismo Zenón, señor de Vizcaya, y preso le puso en la misma cárcel, porque con deseo de novedades también se alterara. Deste Zenón refieren que quedaron dos hijas, la una se llamó Toda, que fue mujer de Iñigo Arista, rey de Navarra; la otra Iñiga, dicen que casó con Zuria, que adelante fue señor de Vizcaya, de cuya sangre algunos pretenden que descendían los señores de aquella tierra antes que Vizcaya se incorporase en la corona real de Castilla. Con el castigo destos dos los demás tomaron aviso que no debían menospreciar al Rey ni su saña, y que la traición es dañosa a los mismos que la hacen. Después desto, Álava fue dada a un hombre principal, llamado el conde Vigila o Vela. El señorío de Castilla poseía el conde don Diego Porcellos. Todo

esto sucedió al primer año del reinado de don Alfonso. En el siguiente cargó más el temporal, porque Imundaro y Alcama, capitanes moros, se pusieron sobre la ciudad de León: pero el Rey les forzó a alzar el cerco y dar la vuelta con grande estrago que en sus gentes hizo. Juntamente con deseo de fortificarse y de vengarse de los moros hizo liga con los navarros y franceses; y para que el asiento fuese más firme, casó con una señora del linaje de los reyes de Francia, llamada entonces Amelina, y después doña Jimena. Deste matrimonio nacieron don García, don Ordoño y don Fruela, que fueron consecutivamente reyes, y también don Gonzalo, que al tanto fue arcediano de Oviedo. Las alteraciones que entre los moros tenían daban buena ocasión a los nuestros para mejorar su partido. Los de Toledo, confiados en la fortaleza de su ciudad e irritados por la severidad y crueldad de los reyes de Córdoba, de nuevo tomaron las armas. Las pretensiones del pueblo son vanas cuando no son enderezadas por la prudencia y valor de algún buen capitán. Por esto Mahomed Avenlope, que debió ser nieto de Muza, con nombre de rey se encargó del gobierno. La guerra fue de mayor ruido que importancia, a causa que los de Toledo en breve fueron sujetados por el rey de Córdoba. Avenlope y sus hermanos escaparon y acudieron al amparo del rey don Alonso; él, por entender serían de provecho para la guerra de los moros, los amparó y les hizo muchas caricias. Luego después de esto, ayudado así de éstos como de franceses, navarros y vizcaínos, entró por las tierras de los moros, corrió los campos, destruyó los pueblos, hizo presas por todas partes, con que sin hacer otro efecto despidió y deshizo el ejército, rico y cargado de los despojos moriscos. El año siguiente, que se contaba 874, los de Toledo, con deseo, a lo que se puede creer, de agradar a los reyes de Córdoba, entraron por tierras de cristianos sin parar hasta el río Duero. Sobrevino el Rey al improviso cerca de un pueblo llamado Pulveraria, por do pasa el río Urbico, ahora Orvigo. En aquella parte dio tal carga sobre los enemigos, que degolló hasta doce mil de ellos, y poco después desbarató otro ejército de cordobeses que venía en pos de los primeros. La matanza que hizo fue mayor, ca perecieron todos, fuera de diez por hallarse vivos entre los cuerpos muertos. Seguíanse con la fuerza del ejército morisco Almundar, hijo del rey de Córdoba, y con él Ibengumino, capitán de gran nombre. Éstos, avisados de la matanza de los suyos, se recelaron de llegar a Sublancia, pueblo en que el Rey estaba, y de noche más que de paso dieron la vuelta a grandes jornadas. Sin embargo, se trató de concierto por medio de Abuhalit, que en las guerras pasadas fue preso por los nuestros en Galicia, y con rehenes que dio le soltaron; por donde tenía afición a los cristianos. Negoció tan bien, que por su medio se concertaron treguas de tres años, en cual tiempo hubo sosiego; y después de pasado, don Alonso con sus gentes que junto entró por tierra de moros, y pasado Tajo llegó hasta Mérida con grandes muertes y robos que hizo por todas partes. Desde allí, sin que ningún ejército de moros saliese contra él, dio vuelta, alegre por los muchos despojos que llevaba. (Libro VII, cap. 17.)

DE LOS PRINCIPIOS DEL REINO DE NAVARRA *

Después de aquel memorable y triste estrago con que casi toda España quedó asolada, de las ruinas del imperio gótico, no de otra manera que de los materiales y pertrechos de algún grande edificio cuando cae, muchos señoríos se levantaron, pequeños al principio,

de estrechos términos y flacas fuerzas, mas el tiempo adelante reparadores de la libertad de la patria y excelentes restauradores de la república, trabajada y caída. Poner por escrito el origen y progreso de todos estos estados y señoríos, sería cosa dificultosa y más largo cuento de lo que sufre la medida y traza de la presente obra. Declarar en breve los principios, aumentos y sucesos que tuvieron los más principales y más señalados entre los demás, téngolo por cosa necesaria por andar de aquí adelante, mezcladas sus cosas con las de los reyes de León. En particular será necesario tratar de los principios de Navarra, de Aragón, de Barcelona y de los Condes de Castilla. Las reliquias de los españoles que escaparon de aquel fuego y de aquel naufragio común y miserable, echadas de sus moradas antiguas, parte se recogieron a las Asturias, de que resultó el reino de León, de que hasta aquí se ha hablado. Otra parte se encerró en los Montes Pirineos en sus cumbres y aspereza, do moran y tienen su asiento los vizcaínos y navarros, los lacetanos, urgelitanos y los ceretanos, que son el presente Ribagorza, Sobrarbe, Urgel y Cerdania. Éstos, confiados en la fortaleza y fragura de aquellos lugares, no sólo defendieron su libertad, sino trataron y acometieron también de ayudar a los demás de España; varones sin duda excelentes y de mayor ánimo que fuerzas. Los cuales creo yo pusieron su confianza en la ayuda de Dios, pues contra tantas dificultades ninguna prudencia era bastante. La ocasión para intentarlo no fue muy grande. Un cierto hombre religioso y hermitaño, por nombre Juan, con deseo de vida más sosegada hizo su morada en el monte de Uruela, no lejos de la ciudad de Jaca, y para los oficios divinos levantó en un peñol una capilla con advocación de San Juan Bautista. La fama de la santidad deste hombre comenzó a volar por todas partes. Juntáronsele cuatro compañeros, deseosos de imitar y seguir la vida que hacía. Asimismo muchas gentes de los lugares comarcanos acudían a visitarle con intento de aplacar a Dios por medio de las oraciones de este santo varón, al cual, mientras que vivió, ayudaron con muchas y buenas obras y limosnas que le hacían, y después de muerto se juntaron los de aquella comarca a hacerle las honras. Acudió gran número de gente; entre éstos seiscientos hombres nobles de propósito se juntaron, o convidados de la soledad del lugar, comenzaron a consultar y tratar entre sí del remedio de la república y de sacudir la pesada servidumbre de los moros. La fortaleza de los lugares y sitio les ponían ánimo, y confianza que si intentaban cosa tan gloriosa, no les faltarían socorros de Francia; convidábales el ejemplo de los asturianos, que, con tomar al infante don Pelayo por rey y por caudillo, no dudaron de tratar cómo ayudarían a la patria ni de irritar las armas de los moros; cosa que aunque al principio pareció temeridad, el efecto y remate fue muy saludable. Habiendo tratado mucho y consultado sobre esto, pareció sería lo más acertado escoger de entre sí alguna cabeza, con cuya obediencia y autoridad atados, mejor pudiesen acometer empresa tan grande. Con esta resolución nombraron a Garci Jiménez por acuerdo común de todos para esto; porque si bien no era de la sangre de los godos, lo que se entiende por el nombre que parece más de españoles que de godos, pero sin duda fue muy noble, de grande y antiguo solar y linaje, señor de Amescua y Abarsura. Su mujer era doña Iñiga, de igual nobleza. En el tiempo que sucedió esto no concuerdan los autores, ni aun consta qué nombre tuviese el reino para que le nombraron, ni qué apellido le dieron. Algunos dicen que se llamó rey de Sobrarbe otros de Navarra; los unos y los otros sin argumentos bastantes; y es toda antigüedad oscura, principalmente la de España, a la manera que las corrientes de los ríos son conocidas, los nacimientos y las fuentes de que proceden y salen no tanto. Las armas e insignias del nuevo Rey un escudo rojo sin alguna otra pintura. Ganó algunos pueblos de

los moros, y entre ellos a Insa, principal villa de Sobrarbe. La capilla del hermitaño Juan, aumentada y ensanchada con nuevos edificios que le arrimaron, poco a poco vino a ser semejable a un edificio real, señalada y noble por los sepulcros de los reyes antiguos que allí se enterraron. Por los milagros y antigüedad y mucha devoción de aquella casa de San Juan de la Peña, el rey Garci Jiménez y sus sucesores la escogieron para su sepultura. Murió este Rey el año 758. Sucedióle Garci Iñíguez, dicho así de los nombres de su padre y de su madre, príncipe verdaderamente grande y de felicidad señalada, pues por el esfuerzo de este rey de Navarra, que entre las armas y imperio de los franceses y moros andaba en balanzas, fue sujeta y quedó en perpetua posesión de estos reyes. Pasó con las armas hasta aquella parte de Vizcaya que se llama Álava. En tiempo deste Rey otrosí tuvieron principio los condados de Aragón-Barcelona. El de Aragón con esta ocasión. Aznar, hijo de Eudón el Grande, venido que fue a aquellos lugares que bañaban los ríos Aragón o Arga y Subor y Subordan y ganado que hubo algunos pueblos moros, con voluntad del rey don García se llamó conde de Aragón, comarca por entonces sujeta a los reyes de Navarra, después exenta, como en su lugar se declarará. Su hijo se dijo también Aznar; su nieto Galindo, de cuyos hechos no hay cosa que de contar sea. Muerto Galindo sucedió en aquel condado Jimeno Aznar. Lo de Barcelona sucedió desta manera. Ganóse Barcelona por las armas de Ludovico Pío, que adelante fue emperador, y a la sazón era vivo Carlo Magno, su padre. Dejó por gobernador de aquella ciudad a Bernardo, de nación francés, el año de 801. De aquí tuvo principio el señorío de Barcelona y los condes, que en aquella parte de España alcanzaron gran poder. Este año pasado, y venido el siguiente, falleció el rey de Navarra Garci Iñíguez. Sucedióle Fortún García, su hijo de cuyas hazañas los historiadores navarros cuentan grandes cosas y casi increíbles. Lo que se tiene por cierto es que se halló en aquella batalla memorable de Roncesvalles do la nobleza de Francia pereció a manos de los nuestros y quedó vencido en la pelea Carlo Magno, emperador y general en aquella jornada. De la alegría de aquella victoria no poco se quitó por la muerte de Jimeno Aznar, conde de Aragón, que en aquella batalla pereció por haberse adelantado y con deseo de mostrar su esfuerzo metídose muy adelante entre los enemigos sin hacer caso de la muerte. Fue tanto mayor el lloro, que su hermana Teuda estaba casada con el rey Fortún. Al conde Jimeno Aznar sucedió Jimeno García o Garcés, su tío, sin hacer cuenta de Endregoto, hermano del difunto, que parecía tenía mayor derecho que el tío para heredar aquel estado; la causa no se sabe; por ventura la edad no era a propósito para encargarle el gobierno. Murió el rey Fortún el año 815; dejó por sucesor suyo a Sancho García, su hijo, que tenía en su mujer. En tiempo de este Rey los de Valderroncal, por lo mucho que trabajaron en la guerra de los moros, fueron libertados de tributos, como se ve por un privilegio que muestran de este tiempo y de este Rey. Bernardo, conde de Barcelona, a quien algunos llaman marqués, como fuese acusado por aquellos que eran tutores de Bernardo, nieto de Carlo Magno, hijo de su hijo Pipino, de cometer adulterio con la Emperatriz, mujer del emperador Ludovico, y por tanto haber caído en alevosía, movido del dolor de esta calumnia, de Francia, do era ido, se volvió a España, do tenía grande autoridad y muchos aliados que en el tiempo pasado ganara. Falleció el año 829; y por su muerte Wifredo, primero de este nombre entre los condes de Barcelona, tuvo aquel principado por merced de Ludovico Pío, no por juro de heredad por entonces, sino a voluntad del Emperador y por tiempo determinado o mientras que viviese, como se usaba en los demás gobiernos. Era señor de Aragón por el mismo tiempo García Aznar, sucesor de su padre Jimeno García o Garcés, que por este tiempo

había fallecido, en la misma razón que con las armas del rey Sancho García los sujetos al imperio francés, fueron trabajados, y no los navarros, que de la otra parte de los Pirineos estaban dejados antes sosegar que jurasen de guardar y tener perpetua amistad con los reyes de Sobrarbe. Dícese que le mataron en la guerra de Muza, aquel de quien arriba se dijo haberse rebelado contra Mahomed, rey de Córdoba, que fue por los años del Señor de 853. Después del rey don Sancho cierto autor nombra a don Jimeno García, su hijo. En los archivos del monasterio de San Salvador de Leire, que está en Navarra, metido y situado dentro en los montes Pirineos, se dice que está allí sepultado con su mujer Mania, sin decir otra cosa. A estos papeles, como quier que carezcan de mejor luz de historia y seguridad, cuanta fe se haya de dar cada uno por sí mismo lo juzgue; que no nos pareció determinarnos por la una ni por la otra parte. Muertos estos reyes, faltó la línea de la familia real, por donde se siguió una vacante de cuatro años; en el cual tiempo antes que las voluntades de los naturales viniesen y se conformasen en uno, a quien nombrasen por rey y le pusiesen por gobernador de la república, los más escritores navarros dicen que, comunicado el negocio con el Pontífice romano, que parece fue León, cuarto deste nombre, con los franceses y los lombardos, por su consejo tomaron de las leyes de aquellas naciones lo que juzgaron ser a propósito para mantenerse en libertad. El mayor cuidado era que en ningún tiempo los reyes pudiesen usar mal del poder que les daban para oprimir los vasallos. Escribiéronse las leyes que vulgarmente se llaman los *Fueros de Sobrarbe*, cuya fuerza principalmente está y se endereza a que, pues ellos pensaban dar al nuevo Rey lo que de moros se ganara que tomando el poder y mando, ninguna cosa de mayor momento pensase que le era lícito determinar sin consejo y voluntad de doce hombres nobles que para este propósito se nombraron, ni disminuyese el derecho de la libertad, y que lo que se ganase de los moros fielmente lo dividiese con la nobleza. Para que todo esto fuese más firme pareció criar un magistrado a la manera de los tribunos de Roma, que en este tiempo se llama vulgarmente el justicia de Aragón; cargo que, armado de las leyes, autoridad y afición del pueblo, hasta ahora ha tenido el poder del Rey cerrado dentro de ciertos límites para que no viniese en demasía; y a los nobles principalmente se dio por entonces que no les fuese imputado a mal si alguna vez hiciesen entre sí juntas para defender su libertad sin que el Rey lo supiese. Mas estos y otros privilegios del rey don Alonso el Tercero en este propósito fueron por Cortes generales revocados en tiempo del rey don Pedro, el postrero de Aragón. Ordenadas las cosas en esta forma, Iñigo Sánchez, conde de Bigorra, señorío que está en la Aquitania o Guzena, llamado por su ligereza por sobrenombre Arista, fue nombrado por rey por voto de trescientos nobles que se juntaron; y como hubiese en Pamplona, en la iglesia de San Victorián, jurado los derechos leyes y libertad de sus vasallos, le fue dado el gobierno y el mando. Añaden que dio poder a sus vasallos que si quebrantase lo que tenía prometido, pudiesen llamar y llamasen en defensa de su libertad al rey que quisiesen, moro o cristiano; pero que el pueblo, lo que tocaba llamar a los moros, por ser cosa torpe no lo aceptó. Todas estas cosas, que no sólo el vulgo, sino algunos hombres eruditos las tienen por averiguadas otros las tienen por fábulas, y piensan antes que el rey Arista sucedió a su padre el rey pasado. Porque ¿qué causa bastante hubo para hacer nuevas leyes y establecer aquel nuevo magistrado? O ¿cómo pudieron comunicar esto con los lombardos, cuya nación años antes sujetó y oprimió el poder de Carlo Magno? No hay para qué adivinar en cosa tan dudosa; por ventura lo que sucedió en la elección de don Garci Jiménez, primer rey de Sobrarbe, el vulgo de los historiadores, por ignorancia de

los tiempos, lo aplicó al rey Iñigo Arista que pensaban ser el primero de aquellos reyes. Esto consta que el rey don Iñigo Arista por este tiempo tuvo el reino en los montes Pirineos, y por mujer a doña Iñiga, hija del Conde Gonzalo, de la sangre de los reyes de Oviedo. También se casó con Teuda, hija de Zenón, duque de Vizcaya, como se tocó en otro lugar. Tuvo un solo hijo, no se sabe de qué matrimonio: pero llamóse Garci Iñíguez, y sucedióle en el reino. El monasterio de San Salvador de Leire, asentado entre los montes Pirineos, y que por su devoción, majestad de edificio y por sus gruesas rentas es muy principal, se tiene por obra y fundación del rey Arista. En aquel monasterio están los cuerpos de las vírgenes Nunilon y Alodía, que no muchos años después deste tiempo fueron muertas por la fe en un lugar llamado Bosca, cerca de Nájera; otros dicen en Huéscar, la que está cerca de Baza. Verdad es que la ciudad de Boloña, en la Lombardía, se atribuye la posesión destas santas reliquias; pero hace contra esto un privilegio que se guarda en los archivos de aquel monasterio; y la vecindad de los lugares donde fueron muertas ayuda a esta opinión y a creer que sus reliquias están en aquel convento, o lo menos grande parte. Extendió el rey Arista los términos de su reino, añadió a lo que antes tenía, y ganó lo llano de Navarra, como quier que los reyes pasados se hubiesen estado hasta este tiempo dentro los montes. Pamplona y Álava, que con la revuelta de los tiempos volverían a poder de los moros, por sus armas se recobraron. Así se llamó rey de Pamplona, como se muestra por los privilegios de estos reyes. En el mismo tiempo Wifredo, llamado el Velloso, hijo del otro Wifredo, alcanzó el condado de Barcelona por juro de heredad por merced de Carlos, emperador llamado el Craso, con retenciones solamente para sí del derecho de las apelaciones, que fue el año de 884, después que por mandado del emperador Ludovico II, a causa de la tierna edad de este Wifredo, Salomón, conde de Cerdania, gobernó aquella ciudad y estado por espacio de diez y nueve años. Hijos deste Wifredo, entre otros, fueron Miro, conde de Barcelona y Seniofredo, conde de Urgel, que adelante en estos estados sucedieron a su padre. Por el mismo tiempo falleció García Aznar, conde de Aragón. Sucedióle su hijo Jimeno García. Del año en que murió el rey Iñigo Arista hay diferencia entre los autores, sin que se pueda averiguar la verdad con seguridad. Sospechamos, empero, lo que parece pedir la razón de los tiempos, que falleció en el que reinó en las Asturias don Alonso rey de Oviedo, llamado el Magno, cerca de los años del Señor de 888. Sucedióle su hijo Garci Jiménez, que era menor de edad y tenía a la sazón solos diez y siete años; pero en grandeza de ánimo y en las cosas que hizo en tiempo de paz y de guerra no reconoció ventaja a ninguno de los reyes sus antepasados; porque, llegado a mayor de edad, ganó grande reputación, y la conservó con muchas victorias que ganó de los enemigos del nombre cristiano y batallas que dio, que la brevedad que llevamos no sufre que se relaten por menudo. Su mujer se llamó Urraca, hija o hermana de Fortún Jiménez, conde de Aragón. Digo esto porque los autores asimismo no van conformes en esto, en tanto grado, que algunos la hacen sólo pariente de Fortún, nieta de Galindo y hija de Endregoto, aquel de quien se dijo que su tío Jimeno García le usurpó el señorío de Aragón. Lo que se averigua es que este rey de Navarra tuvo en su mujer dos hijos, que se llamaron, el uno Fortún y el otro Sancho, por sobrenombre Abarca, y una hija, llamada Sanctiva, que casó con don Ordoño, rey de León, siendo ya viejo, y que estuvo antes casado otras dos veces, como queda dicho en el libro pasado. Este rey de Navarra murió a manos de los moros en un encuentro que con ellos tuvo en el valle de Aivar (el arzobispo don Rodrigo le llama Larumbe), ca hizo muchas veces entradas en tierra de moros con intento de ensanchar su reino y deseo muy

encendido que tenía de extirpar toda la morisma de España. Fue su muerte el año de 905, como se entiende del *Cronicón albaldense*. Sucedióle en el reinado sus dos hijos, primero Fortún, y después don Sancho, en cuyo tiempo, según que se dijo al fin del libro pasado, los nuestros perdieron aquella famosa jornada del valle de Junquera. El monasterio de San Salvador de Leire pretende que el rey don Garci Iñíguez está allí sepultado; contradicen los de San Juan de la Peña por causa de un sepulcro o lucillo que allí se ve entre los otros sepulcros de los reyes pasados con nombre del rey Garci Iñíguez. Para determinar este pleito ni tenemos tiempo ni lugar, ni creo yo que nadie podría averiguar la verdad. Sospecho que la ocasión de estas y semejantes diversidades, se tomó de diferentes sepulcros que pusieron a estos reyes por memoria en diversos lugares sin tener allí sus cuerpos, aquellos que a hacerlo se tenían por obligados por alguna merced de ellos recibida, como se acostumbra también en nuestro tiempo. Esto baste por el presente de los principios del reino de Navarra. (Libro VIII, cap. 1.º).

DE LAS GUERRAS QUE HIZO EL REY DON FERNANDO CONTRA MOROS

Con el nuevo reino que se juntó al rey don Fernando se hizo el más poderoso rey de los que a la sazón eran en España. Con la grandeza y poder igualaba el grande celo que este Príncipe tenía que aumentar la religión cristiana, además de las muchas y muy grandes virtudes en que fue muy acabado; y en la gloria militar tan señalado, que por esta causa cerca del pueblo ganó renombre de grande, como se ve por las historias y memorias antiguas de aquel tiempo, en que el favor o sea adulación de la gente pasó tan adelante, que le llamaron emperador o igual a emperador. Fue otrosí dichoso por la sucesión que tuvo de muchos hijos e hijas. La primera, que le nació antes de ser rey, fue doña Urraca; después de ella don Sancho, que le sucedió en sus reinos; luego doña Elvira, que casó delante con el Conde de Cabra; además de éstos, don Alonso, en quien después vino a parar todo, y don García, el menor de sus hermanos; todos nacidos de un matrimonio. De cuya crianza tuvo el cuidado que era razón: que los hijos en su tierna edad fuesen amaestrados y enseñados en todo género de virtud, buena crianza y apostura, las hijas se criasen en toda cristiandad y en los demás ejercicios que a mujeres pertenecen. Gozaba en su reino de una paz muy sosegada, las cosas del gobierno, las tenía muy asentadas; mas por no estar ocioso acordó hacer guerra a los moros. Parecíale que por ningún camino se podía más acreditar con la gente ni agradar más a Dios que con volver sus fuerzas a aquella guerra sagrada. Los moros, que habitaban hacia aquella parte que hoy llamamos Portugal, se tendían largamente a las riberas del río Duero; por donde aquella comarca se llamó entonces Extremadura, y de allí con el tiempo pasó aquel apellido o aquella parte de la antigua Lusitania que cae entre los ríos Guadiana y Tajo, y hasta hoy conserva aquel nombre. Caíanle aquellos moros más cerca que los demás, y por esta causa, aumentado que hubo su ejército con nuevas levadas de soldados, marchó contra los que acostumbraban a hacer cabalgaduras y grande estrago en las tierras de los cristianos, y a la sazón con una grande entrada que hicieron robaron muchos hombres y ganados. Dióse el rey tan buena maña, y siguió los contrarios con tanta diligencia, que vencidos y maltratados les quitó lo primero la presa que llevaban; después, alentado con tan buen principio, pasó adelante. Dio el gasto a los campos de Mérida y Badajoz, sin perdonar a

cosa alguna que se le pusiese delante; los ganados y cautivos que tomó fueron muchos, ganó otrosí dos pueblos llamados, el uno Sena, y el otro Gani. Dentro de lo que hoy es Portugal rindió la ciudad de Viseo con cerco muy apretado que le puso, si bien los moros que dentro tenía pelearon valerosa y esforzadamente, como los que en el último aprieto y peligro se hallaban. La toma desta ciudad dio mucho contento al Rey, no sólo por lo que en ella se interesaba, que era pueblo tan principal, sino porque tuvo a las manos el moro, de quien se dijo arriba que mató al rey don Alonso, su suegro, con una saeta que le tiró desde el adarve. La cual muerte el Rey vengó con darla al matador después que le sacaran los ojos y le cortaran las manos y un pie, que fue género de castigo muy ejemplar. En la prosecución desta guerra se ganaron asimismo de los moros los castillos de San Martín y de Taranzo. Cae cerca de aquella comarca la iglesia del apóstol Santiago, patrón y amparo de España, cuyo favor muchas veces experimentaran los nuestros en las batallas. Acordó el Rey de ir a visitarla para hacer en ella sus rogativas, cumplir los votos que tenía hechos y hacer otros de nuevo para suplicarle no alzase la mano del socorro con que la asistían y no se le trocase aquella prosperidad y buenandanza ni se le nublaste, ca tenía determinado de no parar ni reposar hasta tanto que desterrase de España aquella secta malvada de los moros. Esto pasaba el año II después que se apoderó del reino de León. El siguiente, que se contaba de Cristo 1040, tornó de nuevo con mayor ánimo y brío a la guerra. Puso cerco sobre la ciudad de Coimbra, y aunque con dificultad, al fin la ganó por entrega que los moros le hicieron con tal solamente que les concediese las vidas. Los trabajos largos del cerco, falta de vituallas y almacén las forzó a tomar este acuerdo. Algunos dicen que el cerco duró por espacio de siete años; pero es yerro, que no fueron siete meses, y por descuido mudaron en años el número de los meses. Era en aquel tiempo aquella ciudad de las más nobles y señaladas que tenía Portugal; al presente en nuestros tiempos la ennoblecen mucho más los estudios de todas las artes y ciencias que con muy gruesos salarios fundó el rey don Juan el Tercero de Portugal para que fuese una de las universidades más principales de España. Los monjes de un monasterio que se decía Lormano se refiere ayudaron mucho al rey don Fernando para proseguir este cerco con vituallas que le dieron, las que con el trabajo de sus manos tenían recogidas en cantidad, sin que los moros en cuyo distrito moraban, lo supiesen. No se sabe qué gratificación les hizo el Rey por este servicio, pero sin duda debió de ser grande. Con la toma de esta ciudad los términos del reino de León se extendieron hasta el río Mondego, que pasa por ella y riega sus campos, y en latín se llama Monda. Puso el rey por gobernador de Coimbra, de los pueblos y castillos que se ganaron en aquella comarca un varón principal, por nombre Sisnando, que era muy inteligente de las cosas de los moros, de sus fuerzas y manera de pelear, a causa que en otro tiempo sirvió a Benabet, rey de Sevilla, en la guerra que hacía a los cristianos que moraban en Portugal; tales eran las costumbres de aquellos tiempos. Mientras duraba el cerco de Coimbra, un obispo griego, por nombre Esteban, según en el libro del Papa Calixto II se refiere, que viniera a visitar la iglesia de Santiago, como oyese que muchas veces el Apóstol en lo más recio de las batallas se aparecía y ayudaba a los cristianos, dijo: Santiago no fue soldado, sino pescador. Esto dijo él. La noche siguiente vio entre sueños cómo el mismo apóstol ayudaba a los cristianos que estaban sobre Coimbra para que tomasen aquella ciudad. Averiguóse que a la misma hora que aquel obispo vio aquella visión se tomó la ciudad de Coimbra; con que el griego y los demás quedaron satisfechos que el sueño fue verdadero y no vano. El Rey, dado que hubo asiento en todas las cosas, acudió de nuevo a visitar la

iglesia de Santiago y darle parte de sus riquezas y presas que en la guerra se ganaron, en reconocimiento de las mercedes recibidas y por prenda de las que para adelante esperaba por su favor alcanzar. Concluido con esta visita y devoción, dio la vuelta para visitar a manera de triunfador las ciudades de sus reinos de Castilla y de León. Daba en todas partes asiento en las cosas del gobierno, y de camino recogía de sus vasallos subsidios y ayudas para la guerra que el año siguiente pretendía hacer con mayor diligencia contra los moros que moraban descuidados a las riberas del río Ebro, y sabía eran ricos de mucho ganado que robaron a los cristiano. Tocaba esta conquista y pertenecía más propiamente a los reyes de Navarra y Aragón; mas la guerra que entre sí se hacían muy brava no les daba lugar a cuidar de otra cosa alguna.

Volvamos al rey don Fernando, que con intento de hacer guerra a los moros ya dichos y revolver contra los del reino de Toledo, que con cabalgadas ordinarias hacían mucho daño en tierra de cristianos, tomadas las armas sujetó a Santisteban de Gormaz, Vadoregio, Aguilar, Valeranica, que al presente se dice Berlanga. Pasó adelante, puso a fuego y a sangre el territorio de Tarazona, corrió toda la tierra hasta Medinaceli, en que abatió todas las atalayas, que había muchas en España, y de ellas hacían los moros señas con ahumadas para que los suyos aperciesen contra los cristianos. Desde allí pasados los puertos, frontera a la sazón entre moros y cristianos, revolvió sobre el reino de Toledo. Taló los campos de Talamanca y Uceda. Lo mismo hizo en los de Guadalajara y Alcalá, que están puestos a la ribera del río Henares, sin parar hasta dar vista a Madrid. El rey Almenón de Toledo, movido por estos daños y con recelo de que serían mayores adelante, compró, a costa de gran cantidad de oro y plata que ofreció, las paces y amistad que puso con el rey don Fernando. Lo mismo hicieron los reyes de Zaragoza, Portugal y Sevilla, demás que prometieron acudirle con parias cada un año. Lo cual todo, no menos honra acarrea a los cristianos y reputación que mengua a los moros, que de tanto poder y pujanza como poco antes tenían, se veían de repente tan flacos y abatidos, que ni sus fuerzas les prestaban, ni las de África que tan cerca les caían; y eran forzados a guardar las leyes de los que antes tenían por súbditos y los mandaban. Mudanza que no se daba tanto atribuir a la prudencia y fuerzas humanas cuanto al favor de Dios, que quiso ayudar y dar la mano a la cristiandad, que muy abatida estaba. Mayormente quiso gratificar la grande devoción que en toda la gente veía, así grandes como menores, con que todos, movidos del ejemplo de su Rey, se ejercitaban en todo género de virtudes y obras de piedad. Tal era la virtud y vida de los cristianos, que muchos de su voluntad se aficionaban, y dejada la secta de Mahoma, se bautizaban y hacían cristianos. Otros, si bien eran moros, estimaban en tanto los cuerpos de los santos que tenían en su tierra, por ver que los cristianos los honraban y estar persuadidos que su ayuda para todo era de grande importancia, que ningún oro ni plata ni joyas preciosas tenían en tanto, según que por el capítulo siguiente se entenderá. (Libro IX, cap. 2.º).

CÓMO EL REY D. SANCHO MURIÓ SOBRE ZAMORA

Concluido que hubo el rey don Sancho con los dos hermanos, luego que se vio señor de todo lo que su padre poseía, quedó más soberbio que antes y más orgulloso. No se

acordaba de la justicia de Dios, que suele vengar demasías semejantes y volver por los que injustamente padecen, ni consideraba cuánta sea la inconstancia de nuestra felicidad, en especial la que por malos medios se alcanza. Prometíase una larga vida, muchos largos y alegres años, sin recelo alguno de la muerte que muy presto por aquel mismo camino se le aparejaba. Despojados los hermanos, sólo quedaban las dos hermanas, que pretendía también desposeer de los estados que su padre les dejó. El color que para esto tomaba era el mismo del agravio que pretendía se le hizo en dividir el reino en tantas partes; la facilidad era mayor a causa de tener ya él mayores fuerzas, y aquellas señoras ser mujeres y flacas. La ciudad de Zamora estaba muy pertrechada de muros, municiones, virtullas y soldados que tenían apercebidos para todo lo que pudiese suceder. Los moradores eran gente muy esforzada y muy leal y aparejados a ponerse cualquier riesgo por defenderse de cualquiera que los quisiese acometer. Acaudillábalos Arias Gonzalo, caballero muy anciano, de mucho valor y prudencia, y de cuyos consejos se valía la infanta doña Urraca para las cosas del gobierno y de la guerra. El Rey, visto que por voluntad no vendrían en ningún partido ni se le querían entregar, acordó usar de fuerza. Juntó sus huestes y con ellas se puso sobre aquella ciudad, resuelto de no alzar la mano hasta salir con aquella empresa. El cerco se apretaba; combatían la ciudad con toda suerte de ingenios. Los ciudadanos comenzaban a sentir los daños del cerco, y el riesgo que todos corrían los espantaba y hacía blandear para tratar de partidos. En este estado se hallaban cuando un hombre astuto, llamado Bellido Dolfos, si comunicado el negocio con otros, si de su solo motivo no se sabe, lo cierto es que salió de la ciudad con determinación de dar la muerte al Rey y por este camino desbaratar aquel cerco. Negoció que le diesen entrada para hablar al Rey; decía le quería declarar los secretos e intentos de los ciudadanos y aun mostrar la parte más flaca del muro y más a propósito para darle asalto y forzarla. Creen fácilmente los hombres lo que desean; salió el Rey acompañado de solo aquel hombre para mirar si era verdad lo que prometía. Hizo de él más confianza de lo que fuera razón, que fue causa de su muerte; porque estando descuidado y sin recelo de semejante traición. Bellido Dolfos le tiró un venablo que traía en la mano, con que le pasó el cuerpo de parte a parte; extraño atrevimiento y desgraciada muerte, mas que se le empleaba bien por sus obras y vida desconcertada. Bellido, luego que hizo el golpe, se encomendó a los pies con intento de recogerse a la ciudad. Los soldados que oyeron las voces y gemidos del Rey que se revolcaba en su sangre fueron en pos del matador, y entre los demás, el Cid, que se hallaba en aquel cerco. La distancia era grande, y no le pudieron alcanzar, que las guardias le abrieron la puerta más cercana, y por ella se entró en la ciudad. Esto dio ocasión para que los de la parte del Rey se persuadiesen fue aquel caso pensado, y que los demás ciudadanos o muchos de ellos eran en él participantes. Los soldados de León y de Galicia no sentían bien del Rey muerto, ni les agradaban sus empresas; y así, sin detenerse más tiempo desampararon las banderas y se fueron a sus casas. Los de Castilla, como más obligados y más antiguas vasallos, parte de ellos con gran sentimiento llevaron el cuerpo muerto al monasterio de Oña, do lo sepultaron e hicieron sus honras, que no fueron de mucha solemnidad y aparato; la mayor parte se quedaron sobre Zamora, resueltos de vengar aquella traición. Amenazaban de asolar la ciudad y dar la muerte a todos los moradores como a traidores y participantes en aquel trato y aleve. En particular don Diego Ordóñez, de la casa de Lara, mozo de grandes fuerzas y brío, salió a la causa. Presentóse delante de la ciudad armado de todas armas y en su caballo, y desde un lugar alto para que lo pudiesen oír henchía los aires de voces y fieros; amenazaba de destruir y

asolar los hombres, las aves, las bestias, los peces, las yerbas, y los árboles, sin perdonar cosa alguna. Los ciudadanos, entre el miedo que les representaba y la vergüenza de lo que de ellos dirían, no se atrevían a chistar. El miedo podía más que la mengua y quiebra de la honra. Sólo Arias Gonzalo, si bien su larga edad le pudiera excusar, determinó de salir a la demanda, y ofreció a sí y a sus hijos para hacer campo con aquel caballero por el bien de su patria. Tenían en Castilla costumbre que el que retase de aleve alguna ciudad fuese obligado para probar su intención hacer campo con cinco, cada uno de por sí. Salieron al palenque y a la liza tres hijos de Arias Gonzalo por su orden: Pedro, Diego y Rodrigo. Todos tres muriendo a manos de Diego Ordóñez, que peleaba con esfuerzo muy grande. Sólo el tercero, bien que herido de muerte, alzó la espada, con que por herir al contrario le hirió el caballo y le cortó las riendas; espantado el caballo se alborotó de manera, que sin poderle detener salió y sacó a don Diego de la palizada, lo que no se puede hacer conforme a las leyes del desafío, y el que sale se tiene por vencido. Acudieron a los jueces que tenían señalados; los de Zamora alegaban la costumbre recibida; el retador se defendía con que aquello sucedió acaso y que salió del palenque contra su voluntad. Los jueces no se resolvían, y con aquel silencio parecía favorecían a los ciudadanos. De esta manera se acabó aquel debate, que sin duda fue muy señalado, como se entiende por las crónicas de España y lo dan a entender los romances viejos que andan en este propósito y se suelen cantar a la vihuela en España, de sonada apacible y agradable. (Libro IX, capítulo 9.º).

CÓMO EL CID GANÓ A VALENCIA

En este medio no estaban en ocio las armas de Rodrigo de Bivar, por sobrenombre el Cid, varón grande en obras, consejo, estuerzo y en el deseo increíble que siempre tuvo de adelantar las cosas de los cristianos, y a cualquiera parte que se volviese, por aquellos tiempos el más afortunado de todos. No podía tener sosiego, antes con licencia del rey D. Alonso en el tiempo que él andaba ocupado en la guerra de Andalucía, como de suso queda dicho, con particular compañía de los suyos revolvió sobre los celtíberos, que eran donde ahora los confines de Aragón y Castilla, con esperanza de hacer allí algún buen efecto, por estar aquella gente con fama de su valor amedrentada. Todos los señores moros de aquella tierra, sabida su venida, deseaban a porfía su amistad. El señor de Albarracín, ciudad que los antiguos llamaron, quién dice Lobeto, quién Turia, fue el primero a quien el Cid admitió a vistas y luego a conciertos; después el de Zaragoza, el cual por la grandeza de la ciudad fue el Cid en persona a visitar. Recibióle el Moro muy bien, como quier que tenía grande esperanza de hacerse señor de Valencia con ayuda suya y de los cristianos que llevaba. La ciudad de Valencia está situada en los pueblos llamados antiguamente edetanos, a la ribera del mar en lugares de regadío y muy frescos y fértiles, por el mismo caso de sitio muy alegre. Demás de esto, así en nuestra era como en aquel tiempo, era muy conocida por el trato de naciones forasteras que allí acudían a feriar sus mercaderías y por la muchedumbre, arreo y apostura de sus ciudadanos. Hiaya, que dijimos fue rey de Toledo, tenía el señorío de aquella ciudad por herencia y derecho de su padre, ca fue sujeta a Almenon. El rey don Alonso otrosí, como se concertó en el tiempo que Toledo se entregó, le ayudó con sus armas para mantenerse en aquel estado.

El señor de Denia, que lo era también de Játiva y de Tortosa, quier por particulares disgustos, quier con deseo de mandar, era enemigo de Hiaya y trabajaba con cerco aquella ciudad. El rey de Zaragoza pretendía del trabajo ajeno y discordia sacar ganancia. Los de Valencia le llamaron en su ayuda y él deseaba luego ir, por entender se le presentaría por aquel camino ocasión de apoderarse de los unos y de los otros. Concertóse con el Cid, y juntadas sus fuerzas con él, fue allá. El señor de Denia, por no ser igual a tanto poder, luego que le vino el aviso de aquel apercibimiento, alzó el cerco concertándose con los de Valencia. Quisiera el de Zaragoza apoderarse de Valencia, que al que quiere hacer mal nunca le falta ocasión. El Cid nunca quiso dar guerra al Rey de Valencia; excusóse con que estaba debajo del amparo del rey don Alonso, su señor, y le sería mal contratado si combatiese aquella ciudad sin licencia o le hiciese cualquier desaguisado. Con esto el de Zaragoza se volvió a su tierra. El Cid, con voz de defender el partido del rey de Valencia, sacó para sí hacer, como hizo, sus tributarios a todos los señores moros de aquella comarca y forzar a los lugares y castillos que le pagasen parias cada un año. Con esta ayuda y con las presas, que por ser los campos fértiles eran grandes, sustentó por algún tiempo los gastos de la guerra. El rey de Hiaya, como fuese antes aborrecido, de nuevo por la amistad de los cristianos lo fue más; y el odio se aumentó en tanto grado, que los ciudadanos llamaron a los almorávides, que a la sazón habían extendido mucho su imperio, y con su venida fue el Rey muerto, la ciudad tomada. El movedor deste consejo y trato, llamado Abenjafa, como por premio se quedó por señor de Valencia. El Cid, deseoso de vengar la traición, y alegre por tener ocasión y justa causa de apoderarse de aquella ciudad nobilísima, con todo su poder se determinó de combatir a los contrarios. Tenía aquella ciudad grande abundancia de todo lo que era propósito para la guerra, guarnición de soldados, gran muchedumbre de ciudadanos, mantenimientos para muchos meses, almacén de armas y otras municiones, caballos asaz; la constancia del Cid y la grandeza de su ánimo lo venció todo. Acometió con gran determinación aquella empresa; duró el sitio muchos días. Los de dentro cansados con el largo cerco y reducidos a extrema necesidad de mantenimientos, demás que no tenían alguna esperanza de socorro, finalmente se le entregaron. El Cid, con el mismo esfuerzo que comenzó aquella demanda, pretendió pasar adelante; lo que parecía locura, se resolvió de conservar aquella ciudad; hazaña atrevida y que pusiera espanto aun a los grandes reyes por estar rodeada de tanta morisca. Determinado, pues, en esto, lo primero llamó a Jerónimo, uno de los compañeros del arzobispo don Bernardo, desde Toledo para que fuese obispo de aquella ciudad. Demás desto, hizo venir a su mujer y dos hijas, que, como arriba se dijo, las dejó en poder del abad de San Pedro de Cardeña. Al Rey, por haber consentido benignamente con sus deseos, y en especial dado licencia que su mujer y hijas se fuesen para él, envió del botín y presa de los moros doscientos caballos escogidos y otros tantos alfanjes colgados de los arzones, que fue un presente real. En este estado estaban las cosas del Cid. Los infantes de Carrión, Diego y Fernando, personas en aquella sazón en España por sangre y riquezas nobilísimos, bien que de corazones cobardes, por parecerles que con las riquezas y haberes del Cid podrían hartar su codicia, por no tener hijo varón que le heredase, acudieron al Rey y le suplicaron les hiciese merced de procurar y mandarles diesen por mujeres las hijas del Cid, doña Evira y doña Sol. Vino el Rey en ello, y a su instancia y por su mandado se juntaron a vistas el Cid y los infantes en Requena, pueblo no lejos de Valencia, hicieron las capitulaciones, con que los infantes de Carrión en compañía del Cid pasaron a Valencia para efectuar lo

que deseaban. Las bodas se hicieron con grande regocijo y aparato real. Los principios alegres tuvieron diferentes remates. Los mozos, como quier que eran más apuestos y galantes que fuertes y guerreros, no contentaban en sus costumbres a su suegro y cortesanos, criados y curtidos en las armas. Una vez avino que un león, si acaso, si de propósito, no se sabe: pero en fin, como se soltase de la leonera, ellos de miedo se escondieron en un lugar poco decente. Otro día en una escaramuza que se trabó con los moros que eran venidos de África, dieron muestra de rehusar la pelea y volver las espaldas como medrosos y cobardes. Estas afrentas y menguas, que debieran remediar con esfuerzo, trataron de vengallas torpemente; y es así, que ordinariamente la cobardía es hermana de la crueldad. Suero, tío de los mozos, en quien por la edad era justo tuviera algo más de consejo y de prudencia, atizaba el fuego en sus ánimos enconados. Concertado lo que pretendían hacer, dieron muestra de desear volver a la patria. Dióles el suegro licencia para hacedlo. Concertada la partida, acompañado que hubo a sus hijas y yernos por algún espacio, se despidió triste de las que muchas lágrimas derramaban y como de callada adivinaban lo que aparejado les esperaba. Con buen acompañamiento llegaron a las fronteras de Castilla, y pasado el río Duero en tierra de Berlanga, les parecieron a propósito para ejecutar su mal intento los robledales, llamados Corpesios, que estaban en aquella comarca. Enviaron los que les acompañaban con achaques diferentes a unas y otras partes, a sus mujeres sacaron del camino real, y dentro del bosque, donde les metieron, desnudas, las azotaron cruelmente sin que les valiesen los alaridos y voces con que invocaban la fe y ayuda de los hombres y de los santos. No cesaron de herirlas hasta tanto que cansados las dejaron por muertas, desmayadas y revolcadas en su misma sangre. Desta suerte las halló Ordoño, el cual, por mandato del Cid que se recelaba de algún engaño, el traje disimulado los siguió. Llevólas de allí, y en el aldea que halló más cerca las hizo curar y regalar con medicinas y comida. La injuria era atroz, y inhumanidad intolerable; y divulgado el caso, los infantes de Carrión cayeron comunmente en gran desgracia. Todos juzgaban por cosa indigna que hubiesen trocado beneficios tan grandes con tan señalada afrenta y deslealtad. Finalmente, los que antes sabían poco, comenzaron en adelante a ser tenidos por de seso menguado y sanguios. El Cid, con deseo de satisfacerse de aquel caso y volver por su honra, fue a verse con el Rey. Teníanse a la sazón en Toledo Cortes generales, y hallábanse presentes los infantes de Carrión, bien que afeados y infames por hecho tan malo. Tratóse el caso y a pedimiento del Cid señaló el Rey jueces para determinar lo que se debía hacer. Entre los demás era el principal don Ramón, borgoñón, yerno del Rey. Ventilóse el negocio; oídas las partes, se cerró el proceso. Fue la sentencia primeramente que los infantes volviesen al Cid enteramente todo lo que de él tenían recibido en dote, piedras preciosas, vasos de oro y de plata y todas las demás preseas de grande valor. Acordaron otrosí que para descargo del agravio combatiesen y hiciesen armas y campo, como era costumbre de aquel tiempo, los dos infantes y el principal movedor de aquella trama, Suero, su tío. Ofreciéronse al combate de parte del Cid tres soldados suyos, hombres principales, Bermudo, Antolín y Gustio. Los infantes, acosados de su mala conciencia, no se atrevían a lo que no podían excusar, dijeron no estar por entonces apercebidos, y pidieron se alargase el plazo. El Cid se fue a Valencia, ellos a sus tierras. No paró el Rey hasta tanto que hizo que la estacada y pelea se hiciese en Carrión y esto por tener entendido que no volverían a Toledo. Fueron todos en el palenque vencidos, y por las armas quedó averiguado haber cometido mal caso. Hecho esto, los vencedores se volvieron para su

señor a Valencia. Las hijas del Cid casaron; doña Elvira con don Ramiro, hijo del rey don Sancho García de Navarra, al que mató su hermano D. Ramón, como queda arriba dicho; y doña Sol con don Pedro, hijo del rey de Aragón, llamado también don Pedro, que por sus embajadores las pidieron y alcanzaron de su padre. De don Ramiro y doña Elvira nació Garci Ramírez, rey que fue adelante de Navarra. Don Pedro falleció en vida de su padre sin dejar sucesión. Con estas bodas y con su alegría se olvidó la memoria de la afrenta e injuria pasada, y se aumentó en gran manera el contento que recibiera el Cid muy grande por la venganza que tomó de sus primeros yernos. La fama de las hazañas del Cid, derramada por todo el mundo, movió en esta sazón al rey de Persia a enviarle a sus embajadores. Esto hizo mayor y más colmado el regocijo de las fiestas, que un Rey tan poderoso de su voluntad, desde tan lejos pretendiese confederarse y tener por amigo un caballero particular. A vista de Valencia por dos veces, en diversos tiempos, se dio batalla al Rey Búcar, con un nuevo ejército de moros sobre la ciudad. Visto el Cid que muerto él no quedaban bastantes fuerzas para defenderla, mandó en su testamento que todos hechos un escuadrón saliesen de Valencia y volviesen a Castilla. Hízose así; salieron varones, mujeres, niños y gran carruaje y los estandartes enarbolados. Entendieron los moros que era un grueso ejército que salía a darles la batalla, temieron del suceso y volvieron las espaldas. Debíase a la buena dicha de varón tan señalado que a los que tantas veces en vida venció, después de finado también les pusiese espanto y los sobrepujase. Los cristianos continuaron su camino sin reparar hasta llegar a la raya de Castilla. Con tanto, Valencia, por quedar sin alguna guarnición, volvió al momento al poder de moros. Al partirse llevaron consigo los que se retiraban el cuerpo del Cid, que enterraron en San Pedro de Cardeña, monasterio que está cerca de Burgos. Las exequias fueron reales; halláronse en ellas el rey don Alfonso y los dos yernos del Cid; cosa muy honrosa, pero debida a tan grandes merecimientos y hazañas. Algunos tienen por fabulosa gran parte desta narración; yo también muchas cosas traslado que creo, porque ni me atrevo a pasar en silencio lo que otros afirman, ni quiero poner por cierto en lo que tengo duda, por razones que a ello me mueven y otros las ponen. En el templo de San Pedro de Cardeña se muestran cinco lucillos del Cid, de doña Jimena su mujer, de sus hijos, don Diego, doña Elvira, y doña Sol. Si por ventura no son sepulcros vacíos, que en griego se llaman cenotafios, a lo menos algunos de ellos, que adelante los hayan puesto en señal de amor y para perpetuar sus memorias, como suele acontecer muchas veces, que levantan algunos sepulcros en nombre de los que allí no están enterrados. (Libro X, cap. 4.º).

DE D. DIEGO GELMÍREZ, OBISPO DE SANTIAGO

La iglesia de Santiago estuvo trabajada por este tiempo; grandes tempestades la combatían, no de otra manera que la nave sin piloto ni gobernalle; llegó últimamente a puerto y a salvamento con la elección que se hizo de un nuevo prelado, por nombre don Diego Gelmírez, hombre en aquella era prudente en gran manera, de grande ánimo y de singular destreza. Don Diego Pelayo, en tiempo del rey don Sancho de Castilla, fue elegido por prelado de la iglesia de Compostela, como queda dicho en otro lugar; era persona muy noble, mas bullicioso, inquieto y amigo de parcialidades. Hízole prender don Alfonso, que fue grande resolución y notable poner las manos en hombre

consagrado. Deseaba demás desto privarle del obispado; era menester quien para esto tuviera autoridad. El Cardenal Ricardo, que dijimos haberle enviado a España el Pontífice por su legado, llamó los obispos para tener concilio en Santiago, con intento que en presencia de todos se determinase aquel negocio. Presentado que fue Pelayo en el Concilio, por miedo o de grado renunció aquella dignidad, y para muestra que aquella era su determinada voluntad, hizo entrega en presencia del Cardenal del anillo y del báculo pontifical. Con esto fue puesto en su lugar Pedro, abad cardinense. El pontífice Urbano, avisado de lo que pasaba, tuvo a mal la demasiada temeridad y priesa con que en aquel hecho procedieron. Al legado Cardenal escribió y reprendió con gravísimas palabras. Para el rey despachó un breve.

Sucedió todo esto el año primero del pontificado de Urbano II, que cayó en el año del Señor de 1088. En lugar de Ricardo vino el cardenal Rainerio por legado en España; éste juntó un concilio en León, en que depuso a Pedro de la dignidad en que fue puesto contra las leyes y por mal orden, pero no se pudo alcanzar que Pelayo fuese restituido en su libertad y en su iglesia; solamente por medio de don Ramón, yerno del Rey, que a la sazón vivía, se dio traza que grato al Pontífice, que era de la misma orden, se diese a Dalmaquio, monje de Cluny, y por el mismo caso el obispado de la iglesia de Compostela. Este prelado fue al concilio general que se celebró en Claramonte en razón de emprender la guerra de la Tierra Santa. Allí alcanzó que la iglesia de Compostela fuese exempta de la de Braga y quedase sujeta solamente a la romana; en señal del privilegio se ordenó que los obispos de Santiago no por otro que por el romano pontífice fuesen consagrados. No se pudo alcanzar por entonces del Papa que le diese el palio, aunque para salir con esto el mismo Dalmaquio usó de todas las diligencias posibles. La luz y alegría que con esto comenzó a resplandecer en aquella iglesia en breve se oscureció porque con la muerte de Dalmaquio, hubo nuevos debates. Pelayo, suelto de la prisión, se fue a Roma para pedir en juicio la dignidad de que injustamente, como él decía, fuera despojado. Duró este pleito cuatro años hasta tanto que Pascual, romano pontífice, pronunció sentencia contra Pelayo. Con esto los canónigos de Santiago trataron de hacer nueva elección. Vínose a votos. Diego Gelmírez, en sede vacante, hizo el oficio de vicario; en él dio tal muestra de sus virtudes, que ninguno dudaba sino que si vivía era a propósito para hacerle obispo. Fue así, que sin tener cuenta con los demás canónigos, por voluntad de todos salió electo el primer día de julio. Alcanzó del Papa que a causa de las alteraciones de la guerra y de los trabajos pasados y que amenazaban por causa de los moros se consagrarse en España. Demás de esto, con nueva bula concedió que en Santiago hubiese, como arriba se dijo, siete canónigos cardenales a imitación de la Iglesia romana, éstos solos pudieran decir misa en el altar mayor y acompañar al prelado en las procesiones y misa con mitras. Don Diego Gelmírez, animado con este principio, con deseo de acrecentar con nuevas honras a la iglesia que le habían encargado, fue a Roma, y aunque muchos lo contradijeron, últimamente alcanzó del Pontífice el uso del palio; escalón para impetrar la dignidad, nombre y honra de arzobispo que le concedió a él y a su iglesia Calixto, pontífice romano, algunos años adelante, como se verá en otro lugar. Estas cosas, dado que sucedieron en muchos años, me pareció juntallas en uno, tomadas todas de la *Historia compostellana*. (Libro X. cap. 6.º).

DE LOS PRINCIPIOS DE LA CABALLERÍA DE CALATRAVA

El lugar de Calatrava está puesto en los oretanos, cerca de Almagro, en un sitio fuerte y a la ribera de Guadiana. En el tiempo que se ganó de los moros le entregaron para fortificarle y guardarle a los templarios, soldados de cuyo esfuerzo y valentía se tenía grande crédito; pretendían que sirviese como de fuerte para reprimir las correrías de los bárbaros; pero ellos, por aviso que tuvieron de los moros con grande esfuerzo en muy gran número le querían poner cerco, perdida la esperanza de poderle defender, le volvieron al Rey. No se hallaba entre los grandes alguno que de su voluntad o convidado por el Rey se ofreciese y atreviese a ponerse al peligro de la defensa; solos dos monjes del Císter, que venidos por otras causas a la Corte, se hallaban a la sazón en Toledo, se atrevieron a esta empresa; éstos eran fray Raimundo, abad de Fitero, junto al río Pisuerga (yerran los que atribuyen esta loa a otro monasterio de Fitero que está en Navarra cerca de Tudela, pues consta que no estaba edificado en ese tiempo), y el compañero que traía, llamado fray Diego Velázquez; éste había sido soldado viejo del emperador D. Alonso, afamado por muchas cosas que en la guerra hiciera, después cansado y por menosprecio de las cosas humanas se metió monje, y al presente, como era de gran corazón, con muchas y buenas razones persuadió al abad se encargase de la defensa de aquella plaza; consejo, al parecer, temerario, pero en efecto inspirado de Dios como yo pienso, porque contra tantas dificultades como se presentaban, ninguna razón ni prudencia era bastante. Fue esta oferta muy agradable, primero al Rey, después a don Juan, arzobispo de Toledo, que estaban antes tristes y faltos de consejo, en aquel aprieto tan grande. El dicho arzobispo demás de esto, porque Calatrava era de su diócesis, ayudó con sus dineros, y desde el púlpito persuadió así a los nobles como a los del pueblo que debajo de la conducta del Abad se ofreciesen al peligro y a la defensa, porque no pareciese que desamparaban en aquel trance y faltaban al deber y a las cosas de los cristianos; cuanto menos perdonasen a sí y a sus haciendas, tanto estarían y serían más seguros; perdido aquel pueblo, que era como un baluarte, la llama y el fuego pasaría a las haciendas y tierras de cada cual.

Sucedieron estas cosas al principio del año 1158. El Rey hizo donación del señorío de Calatrava y de su tierra a Santa María, de la orden del Císter, y en su nombre al abad Raimundo y compañeros para siempre. Es de grande momento la fama para cualquier negocio; que las más veces es mayor que la verdad. Así, como se divulgase el ruido de este apercebimiento que se hacía para defender aquel pueblo, los moros, perdida la esperanza de ganarle o embarazados en otras cosas, no vinieron sobre Calatrava. Este fue el principio dichoso y bienaventurado de aquella milicia y orden, porque muchos soldados siguieron al abad y tomaron el hábito que él les dio, señalado y a propósito para no impedir el uso de las armas; y luego vuelto a Toledo, hinchó al Rey y a los ciudadanos y corte de alegría por lo que acometiera e hiciera; juntamente de su monasterio, do era prelado, trajo gran copia de ganado, y de los lugares comarcanos hasta veinte mil personas, a quien repartió los campos y pueblos cercanos a Calatrava para que en ellos poblasen y viviesen, por estar yermos de moradores. Con esta diligencia el pueblo de Calatrava quedó muy bien fortificado para cualquier cosa que sucediese. El abad Raimundo talleció algunos años después en Ciruelos, aldea en que también estuvo sepultado. La gente de aquel lugar, por la diligencia que usó en defender a Calatrava, le

hace tanta honra, que se persuade haber hecho milagros, y le ponen en el número de los santos. Dende fue trasladado el año 1471 a Nuestra Señora de Monte Sión, monasterio de Bernardos, junto a Toledo, por bula de Paulo II, expedida a instancia del doctor Luis Núñez de Toledo, arcediano de Madrid y canónigo de Toledo. Diego Velázquez, después que vivió muchos años adelante, falleció en Gumiel en el monasterio de San Pedro, en que está enterrado. Destos principios la sagrada milicia y orden de Calatrava ha llegado al lustre que hoy tiene y vemos. Alejandro III la confirmó con su bula, siendo un caballero, llamado don García, el primer maestre de aquella orden, que fue el año 1164; a don García sucedió Fernando Escaza, a éste don Martín Pérez, a don Martín Nuño Pérez de Quiñones, a éstos otros. El convento que la primera vez fue puesto en Calatrava, después le pasaron a Ciruelos, y más adelante a Bujeda, y de allí a Corcoles y a Salvatierra, últimamente a Covos en tiempo de Nuño Fernández, el maestre duodécimo de aquella orden. Hay otros menores conventos de aquella orden fundados en otros lugares, pero éste es el principal. Esta milicia adquirió adelante riquezas, autoridad y señorío de muchos lugares por sus servicios y por la gran liberalidad de los reyes. Estos lugares y encomiendas se daban antiguamente a los soldados viejos de aquella orden para que con aquellas rentas sustentasen honestamente la vida, sin que los pudiese dejar en su testamento a los herederos; al presente con la paz, mudadas de lo antiguo las cosas, sirven por voluntad de los reyes a los deleites, estado y regalo de los cortesanos; así ordinariamente las cosas de la tierra de buenos principios suelen trocarse con el tiempo y alterarse. (Libro XI, cap. 6.º).

CÓMO SE COMENZÓ LA GUERRA CONTRA LOS MOROS

Éste era el estado de las cosas en España. Las paces hechas entre los príncipes cristianos, después de tantas discordias, henchían los ánimos de los naturales de esperanza muy grande y alegría. Que todos consideraban cuánta ayuda y fuerzas hay en la agradable compañía y alianza entre los príncipes comarcanos. Dado que don Alonso, rey de León, en sazón por cierto muy mala, repudió a doña Berenguela, su mujer, por causa del parentesco y por mandado del pontífice Inocencio, y la enviara a su padre. Hay una carta del mismo Inocencio sobre esto a don Alonso, rey de Castilla, que hacía contradicción al divorcio, grave y llena de amenazas. Por otra del mismo se entiende puso entredicho en el reino de León, porque no se apartaba aquel matrimonio, y tuvo descomulgado aquel Rey sobre el caso. Los moros con su Rey Mahomed, el cual los años pasados sucediera en lugar de Abenjuzef, su hermano, entraron en grande esperanza de apoderarse de toda España, que determinaban de seguir hasta el cabo y deshacer el nombre cristiano y desarraigarle de toda ella. A los fieles no les faltaba ánimo ni brío para defender lo que tenían ganado, ni voluntad de echar los moros de la tierra. Los unos y los otros con gran resolución e igual esperanza se movieron a las armas y entraron en este debate. Los cristianos se aventajaban en esfuerzo y en la prudencia del capitán; los moros sobrepujaban en muchedumbre, y con grande diligencia juntaban en uno para aquella guerra las fuerzas de África de España. En el mismo tiempo las armas de Castilla y de Aragón se movieron contra los moros. En el reino de Valencia se apoderó el rey don Pedro de Aragón de Adamuz y de otros lugares. Hizo donación de Tortosa a los

templarios en premio de lo que trabajaron y sirvieron en las guerras pasadas. Entrególa al maestre de aquella orden, que se llamaba don Pedro de Monteagudo. Don Fernando, hijo de don Alonso, rey de Castilla, por mandado de su padre acometió las tierras de Andalucía, taló las campañas de Baeza, de Andújar y de Jaén por todas partes, cautivó hombres, hizo robos de ganados. En el mismo tiempo que Mahomed, rey de los moros, que llamaron el Verde, del turbante o bonete que acostumbraba a traer desta color, se apoderó por fuerza del lugar de Salvatierra; los moradores, parte fueron pasados a cuchillo, parte tomados por esclavos.

Por el mes de junio del año de Cristo de 1210 sitiaron el lugar y el mes de septiembre le tomaron; iba don Alonso, rey de Castilla, con gente escogida de los suyos a socorrer los cercados; mas llegado que hubo a Talavera, don Fernando, su hijo que volvía de la empresa del Andalucía, le hizo tornar del camino dándole a entender el peligro en que se ponía y que era menester mayor ejército para hacer rostro a los enemigos. Los intentos del Rey que tenía concebidos en favor de la religión cristiana no poco alteró y entretuvo la muerte del mismo infante don Fernando, que se siguió luego el año adelante, día viernes, a 14 del mes de octubre. Fue tanto mayor el sentimiento de su padre y el lloro de toda la provincia, que daba ya asaz ciertas claras muestras de un grande y valeroso príncipe. Su cuerpo llevó desde Madrid, donde falleció, a las Huelgas; acompañóle el arzobispo don Rodrigo y su hermana la reina doña Berenguela para honrarle más. Esta fue la causa por que la empresa contra los moros se dilató hasta el año siguiente. Solamente se hicieron por entonces Cortes del reino en la ciudad de Toledo para aprestar las cosas que eran necesarias para la guerra. En estas Cortes se hicieron premáticas contra los demasiados gastos, porque las costumbres se iban estragando con los deleites. Mandóse que en todo el reino se hiciesen procesiones para aplacar a Dios. A los reyes despacharon embajadores para requerirles no faltasen de acudir con sus gentes al peligro común. Don Rodrigo, arzobispo de Toledo, fue a Roma por mandato de su Rey para alcanzar indulgencia y cruzada para todos los que conforme a la costumbre de aquellos tiempos, tomada la señal de la cruz, acudiesen a sus expensas a la guerra sagrada. Él mismo con grande cuidado se apercibía de caballos, armas, dineros y vituallas. Los moros al contrario avisados de tan grandes apercebimientos y de la determinación de los cristianos, fortificaban con muros y baluartes cuanto el tiempo daba lugar, y ponían guarniciones en los lugares de su señorío, que tenían en el reino de Toledo y en el Andalucía y hacia el cabo de San Vicente, por tener entendido que el primer golpe de la guerra descargaría sobre aquellas partes. Demás desto llamaban nuevas gentes de socorro desde África. Don Alonso, rey de Castilla, en tanto que se juntaban todas las gentes, con deseo de poner espanto al enemigo, rompió por las tierras de los moros, y a la ribera de Júcar les ganó algunas plazas. Con tanto dio la vuelta a la ciudad de Cuenca, que cae por aquellas partes. Allí se vio con el rey de Aragón, y comunicó con él sus haciendas, todo lo que a la guerra tocaba. Don Sancho, rey de Navarra, por sus embajadores que envió, que no faltaría de hallarse en la jornada. El arzobispo don Rodrigo dejó en su lugar para el gobierno del arzobispado y iglesia de Toledo a don Adam, obispo de Palencia y él en Italia y en Francia, con esperanza de la indulgencia que alcanzó del pontífice Inocencio III, y mostrando el peligro si no socorrían a España, no cesaba de despertar a los grandes y prelados para la empresa sagrada, asimismo a la gente popular. Decía ser tan grande la soberbia del Bárbaro, que a todos los que adoraban la cruz por todo el mundo amenazaba

guerra, muerte y destrucción; afrenta del nombre cristiano intolerable y que no se debía disimular; hízose gran fruto con esta diligencia. Tan grande era el deseo de pelear contra los enemigos de la religión cristiana y en tanto grado, que dicen se juntaron de las naciones extranjeras cien mil infantes y diez mil caballos, gran número y que apenas se puede creer; la verdad ¿quién la podrá averiguar? Como quier que en otra parte hallé que fueron doce mil caballos, cincuenta mil peones los que de fuera vinieron. A todos éstos, porque con la junta y avenida de tantas naciones no se altera Toledo, donde se hacía la masa, señalaron la huerta del Rey, que es de muy grande frescura, y con ella otros lugares cerca de la ciudad a la ribera de Tajo para sus alojamientos. Comenzaron estas gentes a venir a Toledo por el mes de febrero, año de nuestra salvación de 1212. Levantóse un alboroto de los soldados y pueblo en aquella ciudad contra los judíos. Todos pensaban hacían servicio a Dios en maltratarlos. Estaba la ciudad para ensangrentarse, y corrieran gran peligro si no resistieran los nobles a la canalla, y ampararan con las armas y autoridad aquella miserable gente. Don Pedro, rey de Aragón, acudió y fue recibido en la ciudad con pública alegría de todos y con procesión la misma fiesta de la Trinidad. Venían con él desde Aragón veinte mil infantes, tres mil quinientos caballos. Don Sancho, rey de Portugal, no pudo hallarse en la guerra sagrada, porque talleció en este mismo tiempo en Coimbra; hízose allí el enterramiento en el monasterio de Santa Cruz en un humilde sepulcro, de donde, en tiempo del rey don Manuel, le trasladaron a otro más magnífico. Sucedióle don Alonso, su hijo, segundo de este nombre, que ya tenía dos hijos infantes en su mujer D.^a Urraca, llamados don Sancho y don Alonso; don Fernando, tío del nuevo Rey, hermano del difunto don Sancho, el año pasado casó con madama Juana, condesa de Flandes, hija y heredera de Balduino, emperador de Constantinopla. Todavía de Portugal vino un buen golpe de soldados movidos de sí mismos o enviados de socorro por su Rey. A toda la muchedumbre de soldados señaló el rey de Castilla sueldo para cada día, a cada uno de los infantes cinco sueldos, a los hombres de a caballo veinte; a los príncipes conforme a cada cual era y a su dignidad se hicieron presentes muy grandes. Tenían apercebidas vituallas en abundancia y almacén para que no faltase alguna cosa necesaria a tan grande ejército, en tanto grado, que sólo para llevar el bagaje tenían juntados sesenta mil carros, como lo testifica el arzobispo don Rodrigo, que fue testigo de vista en toda la empresa, y puso por escrito para memoria de los venideros todo lo que en ella pasó; otros dicen que fueron bestias de carga hasta aquel número. Lo uno y lo otro fue cosa de gran maravilla en tan grande apretura de tiempos y pobreza de los tesoros reales; pero no hay cosa tan dificultosa que con diligencia no se alcance, y las naciones y príncipes extranjeros a porfía enviaban caballos, mulos y dinero. Partieron de Toledo a 21 de junio. Regía la vanguardia don Diego de Haro, en que iban las naciones extranjeras. En el segundo escuadrón el rey de Aragón, y por caudillo de la retaguardia el rey de Castilla don Alonso, en que se contaban catorce mil de a caballo. La infantería apenas se podía contar, porque de toda Castilla los que eran de edad a propósito eran forzados todos a tomar las armas. El tercero día llegaron a Malagón, lugar que tenía guarnición de moros y está distante de Toledo catorce leguas. Los bárbaros por medio de tan grande muchedumbre fueron forzados a desamparar el lugar y recogerse a la fortaleza que tenían en un cerro agrio; pero por el esfuerzo e ímpetu de las naciones extranjeras, tomado el castillo por fuerza 23 días de junio, todos sin faltar ninguno fueron degollados; tan grande era el deseo que tenían de destruir aquella nación impía. A 1.º de julio, Calatrava, lugar muy fuerte puesto de la otra parte, del río Guadiana, se ganó por entrega que de él

hicieron los moradores y vecinos que consideraban el extremo peligro que sus cosas corrían y que no tenían esperanza alguna de socorro. Los soldados extranjeros, conforme a su condición, querían pasar a cuchillo los rendidos, y apenas se pudo alcanzar que se amansasen por intercesión de los nuestros, que decían cuán justo y razonable se guardase la fe y seguridad dada a aquella gente, bien que infiel; y que no era razón con la desesperación, que suele ser la más fuerte arma de todas, exasperar más y embravecer los ánimos de los enemigos. El pueblo se restituyó a los caballeros de Calatrava, a quien los moros le habían tomado; los despojos se dieron a los aragoneses y soldados extraños, a los cuales los desacostumbrados calores, cielo malsano y falta de todas cosas, según ellos decían, forzaban, dejada aquella empresa, y volverse a sus tierras. Arinaldo, obispo de Narbona, y Teobaldo Blazón, natural de Potiers, como más aficionado a nuestras cosas por ser castellano de nación de parte de su madre, el uno y el otro con sus compañías particulares perseveraron en los reales. Acusaban la cobardía de su nación, determinados de ponerse a cualquier peligro antes de faltar al deber. La partida de los extraños, puesto que causó miedo y tristeza en los ánimos del resto, fue provechosa por dos razones: la una, porque los extranjeros no tuviesen parte en la honra y prez de tan grande victoria; la otra, que con aquella ocasión Mahomed, que estaba en Jaén en balanzas y aun sin voluntad de pelear, se determinó a dar la batalla. Así que los nuestros con sus reales llegaron a Alarcos, el cual lugar porque pocos años antes fue destruido y desmantelado por los moros, desampararon los moradores que quedaban, y vino a poder de los cristianos. En este lugar, don Sancho, rey de Navarra, con un buen escuadrón de los suyos alcanzó a los reyes, y se juntó con los demás. Fue su venida muy alegre; con ella la tristeza que por el suceso pasado de la partida de los extranjeros recibieran, se trocó en regocijo. Algunos castillos en aquella comarca se entraron por fuerza. En tierra de Salvatierra se hizo reseña; pasaron alarde gran número de a pie y de a caballo. Esto hecho, con todas las gentes llegaron al pie de Sierramorena. El Moro, avisado de lo que pasaba, marchó para Baeza, determinando, alzadas las vituallas, atajar el paso de aquellos montes y particularmente guardar el pueblo de la Losa, por donde era forzoso pasasen los nuestros. Si pasaban adelante, prometíase el Moro la victoria; si se detenían, se persuadía por cierto perecerían todos por falta de abastecimientos; si volviesen atrás, sería grande la mengua y la pérdida de reputación forzosa. Sus consejos, aunque prudentes, desbarató otro más alto poder. Hízose junta de capitanes para resolver por qué parte pasarían los montes y lo que debían hacer. Los más eran de parecer volviesen atrás; decían que rodeando algo más por camino más llano se podrían meter en los campos del Andalucía; que debían de excusar aquellas estrechuras de que el enemigo estaba apoderado. Por el contrario, el rey de Castilla don Alonso tenía por grande inconveniente la vuelta, por ser la fama de tan gran momento en semejantes empresas, que conforme a los principios sería lo demás; con volver los reyes atrás se daría muestra de huir torpemente, con que a los enemigos crecería el ánimo, los suyos se acobardarían, que de suyo parecería estar inclinados a desamparar los reales, como poco antes por la partida de los extranjeros se entendió. Contra la dificultades que se presentaban, invocasen el auxilio y socorro de Dios, cuyo negocio trataban, que les asistiría sin duda, si ellos no faltaban a sí mismos; muchas veces a los valerosos se hacen fáciles las cosas que a los cobardes parecían imposibles. Esta resolución se tomó y este consejo. Con esto don Lope, hijo de don Benito de Haro, enviado por su padre con gran número de gente, en lo más alto de los montes se apoderó del lugar de Ferral e hizo con escaramuzas arredrar algún tanto a los

moros. No se atrevió a pasar el puerto de la Losa ni acometerle, por parecerle cosa áspera y temeraria pelear juntamente con la estrechura y fragua del lugar y paso, y con los enemigos que le guardaban. (Libro XI, cap. 23).

CÓMO LA VICTORIA QUEDÓ POR LOS CRISTIANOS

Toda muchedumbre, especial de soldados, se rige por ímpetu y más por la opinión se mueve que por las mismas cosas y por la verdad, como sucedió en este negocio y trance; que los más de los soldados, perdida la esperanza de salir con la demanda, trataban de desamparar los reales. Parecíales corrían igual peligro, ora los reyes pasasen adelante, ora volviesen atrás; lo uno daría muestra de temeridad, lo otro sería cosa afrentosa. Ponían mala voz en la empresa, cundía el miedo por todo el campo. La ayuda de Dios y de los santos valió para que se sustentasen en pie las cosas casi perdidas de todo punto. Un cierto villano, que tenía grande noticia de aquellos lugares por haber en ellos largo tiempo pastoreado sus ganados (algunos creyeron ser ángel, movidos de que mostrado que hubo el camino, no se vio más), prometió a los reyes que si de él se fiasen, por senderos que él sabía, todo el ejército y gente llegarían sin peligro a encumbrar lo más alto de los montes. Dar crédito en cosa tan grande a un hombre que no conocían no era seguro, ni de personas prudentes no hacer de todo punto caso en aquella apretura de lo que ofrecía. Parecía que don Diego de Haro y Garcí Romero, como adalides, viesen por los ojos lo que decía aquel pastor. Era el camino al revés de lo que pretendían, y parecía iban a otra parte diferente, tanto, que los moros, consideraban la vuelta que los nuestros hacían, pensaron que por falta de vituallas huían y se retiraban a lo más adentro de la provincia. Conveníales subir por la ladera del monte, pasar valles en muchos lugares, peñascos empinados que embarazaban el camino. Pero no rehusaban algún trabajo con la esperanza cierta que tenían de la victoria si llegasen a las cumbres de los montes y a lo más alto; el mayor cuidado que tenían era de apresurarse por recelo que los enemigos no se apoderasen antes del camino y les atajasen la subida. Pasadas, pues, aquellas fraguras, los reyes en un llano que hallaron fortificaron sus reales. Apercibióse el enemigo a la pelea y ordenó sus haces repartidas en cuatro escuadrones, quedóse el Rey mismo en el collado más alto rodeado de la gente de su guarda. Los fieles, por estar cansados con el trabajo de tan largo y mal camino, así hombres como jumentos, determinaron de esquivar la pelea; lo mismo el día siguiente, con tan grande alegría de los moros, que entendían era por miedo; que el Miramolín con embajadores que envió y despachó a todas partes y muy arrogantes palabras prometía que dentro de tres días pondría en su poder los tres reyes que tenía cercados como con redes. La fama iba en aumento como suele, cada uno añadía algo a lo que oía para que la cosa fuese más agradable. El día tercero, que fue lunes, a 16 del mes de julio, los nuestros, resueltos de presentar la batalla, al amanecer, confesados y comulgados, ordenaron sus fuerzas en guisa de pelear. En la vanguardia iba por capitán don Diego de Haro. Del escuadrón de en medio tenía cuidado don Gonzalo Núñez y con él otros caballeros templarios y de las demás órdenes y milicias sagradas. En la retaguardia quedaban el rey don Alonso, el arzobispo don Rodrigo y otros prelados. Los reyes de Aragón y de Navarra con sus gentes fortificaban los lados, el Navarro a la derecha, a la izquierda el Aragonés. El Moro, al contrario, con el mismo orden de antes

puso sus gentes en ordenanza. La parte de los reales en que armaron la tienda real cerraron con cadenas de hierro, y por guarda los más fuertes moros y más esclarecidos en linaje y en hazañas; los demás eran en tan gran número, que parecía cubrían los valles y los collados. Exhortaron los unos y los otros y animaban los suyos a la pelea. Los obispos andaban de compañía en compañía, y con la esperanza de ganar la indulgencia animaban a los nuestros... Por una y por otra parte se comenzó la pelea con grande ánimo y coraje. La victoria por largo espacio estuvo dudosa de ambas partes; peleaban todos conforme al peligro con grande esfuerzo. La vista de los capitanes y su presencia no sufría que la cobardía ni el valor se ocultasen, y encendía a todos a pelear. Los del escuadrón de en medio y cuerpo de la batalla fueron los primeros a acometer, siguiéronles los navarros y aragoneses sin mejorarse al principio, dado que por tres veces dieron carga a los contrarios; antes, al contrario, nuestros escuadrones algún poco desalojados parece cedían y se querían poner en huida. En esto el rey don Alonso, movido juntamente del peligro y de la afrenta, se quería meter por lo más espeso de los enemigos, si no le detuviera el arzobispo don Rodrigo, que tenía a su lado. Advirtióle que en su vida consistía la suma de la victoria y esperanza de los cristianos; que perseverase, como comenzara, a confiar el favor de Dios y no se metiese en el peligro. Con esto el postrer escuadrón se adelantó; y por su esfuerzo y el de los demás se mejoró la pelea. Los que parecía titubeaban, por no quedar afrentados, vueltos a la ordenanza, tornaron a la batalla con mayor ferocidad. Los moros, cansados con el continuo trabajo de todo el día, no pudieron sufrir la carga de los que estaban de respeto los postreros y de nuevo entraban en la pelea. Fue muy grande la huida, la matanza no menor que tan grande victoria pedía. Perecieron en aquella batalla doscientos mil moros, y entre ellos la mitad fueron hombres de a caballo, otros quitan la mitad de este número. La mayor maravilla que de los fieles no perecieron más de veinte y cinco, como lo testifica el arzobispo don Rodrigo; otros afirman que fueron ciento quince; pequeño número el uno y el otro para tan ilustre victoria. Otra maravilla, que con quedar muerta tan grande muchedumbre de moros, que no se acordaban de mayor, en todo el campo no se vio rastro de sangre, según que lo atestigua el mismo don Rodrigo. El rey Moro, por amonestación de Zeit, su hermano, se salvó en un mulo, con que huyó hasta Baeza; desde allí mudada la cabalgadura, no paró hasta llegar aquella misma noche a Jaén. A puesta de sol fueron tomados los reales de los enemigos, que robaron los aragoneses, porque los demás siguieron y ejecutaron el alcance. Las presas del rey Moro y sus alhajas, que solas quedaron enteras, fueron por don Diego de Haro dadas por iguales partes a los reyes de Navarra y Aragón. En particular la tienda de seda roja y carmesí en que se alojaba el rey bárbaro se dio al rey de Aragón por orden de don Alonso, rey de Castilla; el cual, como quiera que deseoso solamente de honra se quedase con la mayor loa de la guerra y con la prez de la victoria, de buena gana dejó lo demás a sus compañeros. Lo restante de la presa y despojos no pareció sacarlo en público y repartirlo, como era razón, conforme a los méritos de cada cual, antes dejaron que cada uno se quedase con lo que tomó, porque tenían recelo de algún alboroto y entendían que a los particulares sería más agradable lo que por su mano tomaron que si de la presa común se lo restituyesen mejorado y multiplicado. Algunos escriben que ayudó mucho para la victoria la señal de la cruz que de varios colores se vio en el aire ya que querían pelear. Otros refutan esto por no hacer el arzobispo don Rodrigo mención de cosa tan grande, ni aun el rey en la carta que escribió del suceso y prosecución de esta guerra al pontífice Inocencio. Verdad es que todos concuerdan que Pascual, a la sazón canónigo de Toledo,

y que en la capilla de Santa Lucía de la iglesia mayor de Toledo, con la cruz y guión que llevaba, como es de costumbre, delante el arzobispo don Rodrigo, pasó por los escuadrones de los enemigos dos veces sin recibir algún daño, dado que todos le pretendían herir con sus dardos, y muchas saetas que le tiraban quedaron incadas en la asta de la cruz; cosa que a los nuestros dio mucho ánimo y puso grande espanto en los moros. Fue tan grande la muchedumbre que hallaron de lanzas y saetas de los enemigos, que en dos días enteros que allí se detuvieron los nuestros, aunque para los fuegos no usaban de otra leña y de propósito procuraban acabarlas, no lo pudieron hacer. La victoria se divulgó por todas partes, primero por la fama, después por mensajeros que venían unos en pos de otros. Fue grande el lloro y sentimiento de los moros, que no sólo por el mal y daño presente, sino porque temían para adelante mayores inconvenientes y peligros. Entre los cristianos se hacían grandes fiestas, juegos, convites con toda magnificencia y regocijos, y alegrías, no sólo en España, sino también las naciones extrañas, con tanto mayor voluntad cuanto el miedo fue mayor. Nunca la gloria del nombre cristiano pareció mayor ni las naciones cristianas estuvieron en algún tiempo más gloriosamente aliadas. Los españoles asimismo parecían igualar en valor la gloria de los antiguos; el mismo rey don Alonso comenzó a ser tenido como príncipe y venido del cielo y más que hombre mortal. El rey de Navarra para memoria de tan gran victoria al escudo bermejo de que usaban sus antepasados añadió por orla unas cadenas, y en medio del escudo una esmeralda por señal que fue el primero a romper las cadenas con que tenían los enemigos fortificada aquella parte de los reales en que el Rey bárbaro estaba. El mismo don Alonso a las insignias antiguas de los reyes de Castilla añadió un castillo dorado en escudo rojo, como lo afirman algunos varones de erudición y diligencia muy grande; otros lo niegan movidos de los privilegios antiguos, en cuyos sellos se ve puesta antes de estos tiempos en las insignias y armas de los reyes de Castilla la figura de torre o castillo. De algo más crédito es lo que hallo de algunos afirmado por testimonio de cierto historiador, que desde este tiempo se introdujo en España la costumbre que se guarda de no comer carne los sábados, sino solamente los menudos de los animales, y que se mudó, es a saber, por esta manera y templó lo que antiguamente se usaba, que era comer los tales días carne: costumbre que los godos trajeron sin duda de Grecia y la tomaron cuando se hicieron cristianos. La verdad es que esta victoria nobilísima y la más ilustre que hubo en España se alcanzó, no por fuerzas humanas, sino por la ayuda de Dios y de los santos. Las plegarias y oraciones con que los procuraron aplacar por todo el mundo fueron muchas, principalmente en Roma, donde se hicieron procesiones y rogativas asaz. En que ese debe notar que para aumento de la devoción y que no hubiese confusión y otros desórdenes, se ordenó fuesen a diversas iglesias los varones, las mujeres, el clero, y los demás del pueblo. Hallábase presente el Pontífice, que movía a los demás con su ejemplo. De todo hay una carta suya al rey don Alonso, muy grave y muy elegante, la respuesta otrosí del Rey al Papa que refiere todo el discurso de esta empresa y batalla, pero muy larga para ponerla en este lugar. (Libro XI, cap. 25.)

CÓMO ALZARON POR REY DE CASTILLA A D. FERNANDO LLAMADO EL SANTO

El rey don Enrique tenía dos hermanas mayores que él; doña Blanca y doña Berenguela. Doña Blanca casó con Luis, hijo mayor de Felipe Augusto, rey de Francia. Doña Berenguela a su marido don Alonso, rey de León, durante el matrimonio le parió cuatro hijos, que fueron don Fernando, don Alonso, doña Constanza y doña Berenguela. Doña Blanca se aventajaba en la edad, ca era mayor que su hermana, y parecía justo sucediese en el reino de su hermano difunto, si el derecho de reinar se gobernara por las leyes y por los libros de juristas, y no más aína por la voluntad del pueblo, por las fuerzas, diligencia y felicidad de los pretendores, como sucedió en este caso. Juntáronse muchos donde la reina estaba con toda brevedad para consultar este punto. Salió por resolución de común acuerdo, sin hacer mención de doña Blanca, que el reino y la corona se diesen a su hermana doña Berenguela. Aborrecían, como es ordinario, el gobierno de extranjeros y recelábanse que si Castilla se juntaba con Francia, podrían de ello resultar alteraciones y daños. Antes que esta resolución se tomase, la reina doña Berenguela, para evitar inconvenientes, despachó a don Lope de Haro y a Gonzalo Ruiz Girón para que alcanzasen del rey de León le enviase a su hijo don Fernando, para que la asistiese contra las fuerzas y embustes de don Alvaro Núñez de Lara, el gobernador, que a la sazón la tenía cercada cerca de Otella, como queda dicho. Desistió por entonces de pretender contra los de Lara, porque alzaron el cerco; al presente, sabida la desgracia del Rey, su hermano, volvió a su primera demanda. Era menester usar de presteza, antes que la muerte del Rey llegase a noticia del rey de León, del cual se recelaban no intentase de apoderarse del reino de Castilla como dote de su mujer, si bien el matrimonio estaba apartado. El recelo, por lo que se vio adelante, no era sin propósito. Los embajadores se dieron tal prisa y usaron de tal diligencia, que antes que el rey de León supiese nada de lo que pasaba, alcanzaron de él lo que pretendían. Fue cosa fácil encubrir la muerte del Rey, por causa que el conde don Alvaro ponía en esto gran cuidado; el cual, aunque de repente se vio apeado del gran poder que tenía, no se olvidó de sus mañas, antes llevó el cuerpo del difunto a Tariego. Donde echaba fama que vivía, y despachaba en su nombre muchos recados y negocios, dando diversas causas por qué no salía en público ni comunicaba con nadie. Bien veía él que semejante invención no podía ir a la larga; mas procuraba en este medio pertrecharse y asegurarse lo más que podía. Llegó, pues, el infante don Fernando a Otella, donde estaba su madre, bien ignorante de lo que pasaba y ella pretendía; que fue renunciarle luego, como lo hizo, el reino y la corona. La ceremonia que se acostumbra a hacer cuando alzan a alguno por rey se hizo en la ciudad de Nájera debajo de un gran olmo; tal era la llaneza de aquellos tiempos. Alzaron los estandartes por el nuevo Rey e hicieron las demás solemnidades. De Nájera volvieron a Palencia con intento de visitar el reino. Recibiólos los ciudadanos con muestra de mucha voluntad y alegría a persuasión de su obispo don Tello, que con su autoridad y diligencia los allanó y quitó todas las dificultades. Pasaron adelante, llegaron a la villa de Dueñas, que les cerró las puertas; pero como quiera que el pueblo no es grande ni muy fuerte, fácilmente le entraron por fuerza. Allí comenzaron algunos de los grandes y ricos hombres a mover tratos de paz con los de la casa de Lara y los demás de su valía. El conde don Álvaro de buena gana daba oídos a los que de esto trataban. Todavía como el que estaba acostumbrado a mandar pretendía llevarlo adelante, y para esto quería le encargasen la tutela del nuevo Rey; gran soberbia y temeridad. Tenía don Fernando a la sazón diez y ocho años, si bien otros dicen que no eran más de diez y seis; edad no muy fuera de propósito para encargarse del gobierno. Los reyes pasaron a Valladolid, pueblo grande

y abundante en Castilla. Juntáronse en aquella villa Cortes generales del reino, en que por voto de todos los que en ella se hallaron se decretó que la reina doña Berenguela era la legítima heredera de los reinos de su hermano, según que por dos veces lo tenían determinado en vida del Rey, su padre. Así lo refiere el arzobispo don Rodrigo: añade luego que era la mayor de sus hermanas: que lo tengo por más verosímil, si bien algunos otros autores son de otro parecer. Lo cierto es que la Reina, por el deseo que siempre tuvo de su quietud, tornó segunda vez con la aprobación de las Cortes a renunciar el reino a su hijo; y en esta conformidad le alzaron de nuevo por rey en una plaza grande que está en el arrabal de aquella villa. Desde allí con gran acompañamiento le llevaron a la iglesia mayor para que él jurase los privilegios del reino y los demás le hiciesen sus homenajes acostumbrados en semejantes solemnidades. Por otra parte, el rey de León, su padre, luego que supo lo que pasaba y cómo la Reina le engañó, se dolía grandemente de verse burlado. No le pareció que podría por bien alcanzar lo que deseaba, que era entregarse del nuevo reino de Castilla; acordó acudir a la fuerza, envió delante a su hermano don Sancho para que rompiese por las fronteras, y él mismo con otro grueso ejército entró por tierra de Campos haciendo todo el mal y daño que pudo. La Reina, aquejada del temor que le causaba aquella nueva tempestad, envió dos obispos. Mauricio, de Burgos, y Domingo, de Ávila, para que con su prudencia y buenas razones amansasen al Rey y le persuadiesen alzase mano de aquella su pretensión tan fuera de camino y de sazón. Esta diligencia no fue de provecho alguno, antes el pecho del Rey se encendió en mayor saña, mayormente que el conde don Álvaro y sus parciales le daban grandes esperanzas que saldría con su intento; y a la verdad, la guerra para ellos era de provecho; y la paz les acarrearía mal y daño. Despedidos los obispos, prosiguió el Rey con su gente en las talas que hacía, en las presas y quemas muy grandes. Intentó apoderarse de Burgos, ciudad real y cabeza de Castilla; mas don Lope de Haro y otros caballeros le salieron al encuentro y le forzaron a dar la vuelta más deprisa que viniera. Las ciudades de Segovia y Ávila, que por estar prevenidas del conde don Álvaro no vinieron en la elección del nuevo Rey, al presente, mudado parecer, enviaron embajadores a la Reina para disculparse de lo pasado y para adelante ofrecerse a su servicio, que cumplieron muy enteramente, y nadie les hizo ventaja en obedecer al nuevo Rey y en hacer resistencia a los alborotados. Por otra parte, el conde don Álvaro, visto lo poco que le prestaban sus mañas, vino en que el cuerpo difunto del rey don Enrique, que todavía le tenía en Tariego sin darle sepultura, le llevasen a enterrar. Acudieron a esto dos obispos, el de Burgos y el de Palencia, que acompañaron el cuerpo hasta la ciudad de Palencia. La reina doña Berenguela que los esperaba, desde allí, junto con los obispos acompañó el cuerpo y le hizo enterrar en las Huelgas de Burgos, como arriba se tocó. No acudió el rey don Fernando por tener cercado a Muñón, pueblo fuerte y que no quería obedecer; pero en fin le ganó por fuerza y prendió dentro de él los soldados que tenía de guarnición, en sazón que la Reina, su madre, concluidas las honras y enterramiento, dio la vuelta para verse con su hijo. De allí fueron a Burgos para asistir en las Cortes que tenían aplazadas para aquella ciudad. Tras esto se apoderaron de las villas de Lerma y de Lara, y se las quitaron a don Álvaro. Vueltos a Burgos, hicieron su entrada con representación de majestad a manera de triunfo. Pasaron a la Rioja, do sujetaron a Villorado, Nájera y Navarrete; todo se le allanaba al nuevo Rey, porque además que tenía de su parte la justicia, y por el mismo caso el favor del cielo, con su noble condición y con la apostura de su cuerpo granjeaba las voluntades y todo el mundo se le aficionaba. Solos los señores de Lara y sus aliados

no acababan de sosegar, ni los daños y males rendían sus corazones obtinados, en que pasaron tan adelante, que con golpe de gente que juntaron de todas partes, se pusieron en un lugar llamado Herrerueta, puesto en el mismo camino por donde el Rey había de pasar a Palencia. La mayor parte de los soldados alojaban dentro del pueblo, don Álvaro en un cortijo allí cerca, acompañado de poca gente. Este descuido, o sea menosprecio de sus contrarios fue causa de su perdición, porque avisados los del Rey, dieron sobre él de repente, y aunque pretendió defenderse, y apeado del caballo, y aun después caído en tierra, se cubría con el escudo de los golpes que sobre él cargaban, al fin le rindieron y quedó preso; con que se pudiera poner fin a los males y revueltas del reino si no se aseguraran demasadamente. Fue así, don Álvaro, como se vio preso, rindió al Rey luego todos los pueblos y castillos que de la corona le quedaban en su poder; éstos fueron Alarcón, Amaya, Tariago, Villafranca, Villorado, Nájera, Pancorvo. Esto hecho, no sólo le dieron libertad, sino que el Rey le recibió en su gracia y amistad. La misma facilidad usó con don Fernando, hermano de don Álvaro, que tenía en su poder a Castrojeriz y Orejón; y como no los quisiese rendir, confiado en los muchos soldados y provisión que dentro de ellos tenía, por excusar la guerra finalmente se concertaron que los dichos pueblos quedasen en su poder, pero que los tuviese en nombre y como teniente del Rey, y para esto hiciese homenajes acostumbrados. La revuelta de los tiempos forzaba a venir en semejantes conciertos, puesto que parecía menoscabo de la majestad real, y no faltaba quien murmurase de tanta facilidad. A la verdad, la paz no fue duradera, ni los que estaban acostumbrados a gobernar y mandar se podían contestar de vida particular y retirada, antes en breve se declararon en deservicio del Rey, y con gente que juntaron, corrieron la tierra de Campos haciendo todo el mal y daño que podían. Armóse el Rey contra ellos, y apretóles de manera, que fueron forzados a desembarazar la tierra. Recogieronse a lo del rey de León, que se mostraba sentido por el reino y corona que no le daban, a él debida según su parecer; y se aprestaba para de nuevo con mayor fuerza que antes hacer guerra en las tierras de Castilla, a que le incitaban con mayor calor los de la casa de Lara luego que se retiraron a su reino. Algunos caballeros de Castilla quisieron ganar por la mano, y con golpe de gente se metieron por las tierras del reino de León. No eran tan fuertes que pudiesen contrastar a las fuerzas de los contrarios, ni su entrada fue muy considerada. Sobrevino el rey de León de rebato, dio sobre ellos y cercólos en un pueblo en que se hicieron fuertes, llamado Castellón, puesto entre Medina del Campo y Salamanca. Acudieron gentes de ambas partes, unos a socorrer los cercados, otros para apretarlos. Tratóse de medios de paz, y finalmente se asentaron treguas entre los dos reyes padre e hijo. (Libro XIII, cap. 7.º).

QUE LOS CATALANES ACOMETIERON EL IMPERIO DE GRECIA

Luego que los turcos se hubieron enseñoreado de gran parte de la Asia Menor, comenzaron a poner sus pensamientos en lo de Europa y en la Romanía, que antiguamente se llamo Tracia. Enfrenólos por algún tiempo y reprimió sus intentos el estrecho del mar, aldeaño de estas dos provincias, que por lo demás los griegos estaban tan sin fuerzas y ánimo, que fácilmente pudieron salir con su pretensión; los regalos y juegos de todas suertes tenían abatido el valor de aquella gente. En la paz eran revoltosos,

blasonaban largo; pero para la guerra eran muy flacos, propias condiciones de gente cobarde. Considerado, pues, el gran peligro que las cosas corrían, el emperador Andrónico determinó de ampararse a sí y a su imperio y valerse de ayudas y socorros de fuera. Los catalanes, después que se asentó en Sicilia la paz entre los príncipes, según arriba queda contado, por no sufrir el reposo, como gente acostumbrada a andar siempre en la guerra, dieron en ser corsarios por el mar, y en esto se ejercitaban. Fue llamado de Grecia Rugier de Brindez, el principal capitán de los catalanes, debajo de grandes promesas que aquel Emperador le hizo. Era este varón muy insigne en el arte militar, y que tenía adquirida gran fama por sus grandes proezas. Traía su origen de Alemania, su padre Ricardo Floro, familiar y continuo del emperador Federico; tuvo en Brindez muchas posesiones, y en servicio de Conradino fue muerto en la batalla de Manfredonia. Su hijo fue primer caballero de la orden de los templarios, después sirvió a don Fadrique, rey de Sicilia, en las guerras pasadas, en que mostró su esfuerzo y valentía en muchas ocasiones, y ganó fama y gloria de guerrero, y su nombre fue conocido aun acerca de los extranjeros. Con licencia, de su Rey fue al llamado de los griegos a Constantinopla con una armada de treinta y ocho velas, en que se contaban diez y ocho galeras, mil quinientos caballos y hasta cuatro mil infantes; pequeño ejército para tan grande empresa; pero todos eran de extremado valor, soldados viejos de grande experiencia y los que mantuvieron todo el peso de la guerra de Sicilia y ganaron tantas victorias. Llegada que fue esta armada a Constantinopla, dieron a Rugier por mujer una hija del emperador de Zaura y de una hermana de Andrónico y el primer lugar y autoridad después del Emperador; añadióle a esto el título y nombre de Gran Capitán, que llamaban Megaduque. Con estos halagos ganaron las voluntades de los catalanes, encendieron sus ánimos en deseo de verse ya con los enemigos, pasaron con su armada lo más cercano de la Asia. En la primera batalla que dieron pasaron a cuchillo tres mil hombres de a caballo de los turcos y diez mil infantes. Tras esto en la Frigia, y en la Meonia, donde se adelantaron, tuvieron otro encuentro con los turcos junto a Filadelfia, ciudad señalada por el río Pactolo que con hermosas y deleitables riberas la riega; sucedióles tan prósperamente como en la batalla pasada; no fue menor el estrago y matanza de los enemigos. Finalmente, junto a Dania, ciudad de la provincia de Sicilia, no lejos de la nombrada Efeso, en el estrecho del monte Tauro, que llaman Puerta de Hierro, trabaron una batalla con los turcos con el mismo esfuerzo y ventura. Estas victorias de presente muy señaladas para adelante fueron muy provechosas, porque se mejoraron de armas, de caballos y dineros, de que se hallaban necesitados. La fama que ganaron fue grande, tanta, que los naturales cobraron esperanza de destruir por su medio aquella nación de turcos y poner la cristiana en su libertad. Verdad es que a mala coyuntura falleció el suegro de Rugier, por cuya muerte los hijos del difunto fueron despojados del estado de su padre por un tío suyo, que se apoderó injustamente por fuerza de aquel imperio. Esto puso en necesidad a Rugier de dar la vuelta, mayormente que el emperador Andrónico le mandaba tornar. Con su venida en breve sosegó aquella tempestad muy a su gusto; para esto y para todo el progreso de la guerra hizo mucho al caso Berenguer Entenza, caballero catalán, el cual, sabido lo que en levante pasaba, acudió con trescientos hombres de a caballo y mil infantes, toda gente escogida. Diéronle luego títulos de Gran Capitán y a Rugier nombre de César, que era la dignidad de mayor autoridad en tiempo de paz y de guerra que en aquel imperio se podía dar después del mismo Emperador; tan grande, que no le dieron a nadie por espacio de cuatrocientos años. Hasta aquí todo

procedía muy prósperamente, si la fortuna o desgracia supiera estar queda sin dar la vuelta que suele de ordinario. Fue así, que los griegos tomaron ocasión de aborrecerlos, así bien por envidia de estas preeminencias que les dieron como porque los soldados, que invernaban en Calípoli, comenzaron a alborotarse con color que no les pagaban, derramábanse por la comarca, cometían robos, violencias y adulterios, todo lo ensuciaban con maldades en gran daño de la tierra y peligro suyo y de sus capitanes. La indignación que de esto concibió el Emperador fue grande; para vengarse procuraron que Rugier viniese a Adrianópolis con muestras de querer comunicar con él cosas de grande importancia. Llegado que fue, descuidado de semejante traición, le mataron sin respeto de sus muchas hazañas; así es, más fuerza tiene una injuria para mover a venganza que muchos servicios para sosegar el disgusto, porque la obligación no es carga pesada, la venganza descarga de cuidados, además que ordinariamente los grandes servicios se suelen recompensar con alguna notable deslealtad. Muerto que fue Rugier, grande multitud de griegos se puso sobre la ciudad de Calípoli; los catalanes se defendieron con gran valor, y no contentos con esto, ganaron de los contrarios muchas victorias, particularmente en una batalla les degollaron seis mil de a caballo y veinte mil infantes. Los demás huyeron; ganáronles los reales; cosa maravillosa y que apenas se pudiera creer, si Ramón Montaner, que se halló en estos hechos, no lo afirmara en su historia como testigo de vista. Pasó tan adelante Berenguer Entenza en vengar la muerte de Rugier, que llegó con su armada a vista de Constantinopla; taló aquellas marinas, hizo robos de ganado, mató cuantos se le pusieron delante, puso fuego a las alquerías y cortijos de aquella ciudad. A Calojuán, hijo del emperador Andrónico, que le salió al encuentro, venció y desbarató en una batalla. Llevaban los catalanes con tanto muy encaminados sus negocios. En esto una armada de genoveses debajo de la conducta de Eduardo Doria llegó a aquellas partes, que fue causa que el partido de los griegos se mejorase y empeorase el de los catalanes. Con muestra de amistad y confederación los genoveses se apoderaron de la armada catalana y prendieron a su general Entenza, digno al parecer de aquella desgracia por haber llamado a los turcos en su favor, cosa que siempre se ha tenido por fea entre los cristianos. Quedaba Roberto de Rocafort, que estaba en guarda de Calípoli, con cuyo amparo y debajo de su gobierno los catalanes hacían grandes correrías, ganaban muchas victorias, así de los griegos como de los genoveses. Ensorberbecido Rocafort con estos sucesos, no quería reconocer a ninguno por superior: cometía todo género de maldades sin que nadie le fuese a la mano. Entenza, después que a cabo de mucho tiempo fue puesto en libertad, acudió a Cataluña, donde vendidos muchos lugares heredados de su padre, con el dinero que allegó aprestó una armada, en que otra vez pasó en Grecia. Llegado que fue, Rocafort, no le quiso reconocer por superior, de que resultaron entre ellos discordias y armarse el uno al otro celadas. Sabido el peligro que las cosas corrían por la discordia de estos dos capitanes, el rey de Sicilia don Fadrique, por cuyo orden pasaron primeramente a levante, envió a don Fernando, hijo menor del rey de Mallorca, para si por ventura con su autoridad y buena maña pudiese concertar aquellas diferencias. Poco aprovechó esta diligencia; sólo les persuadió que, pues la comarca del Calípoli la tenían destruida, juntadas sus fuerzas, marchasen la vuelta de Nápoles, ciudad que es de la Tracia a los confines de Macedonia, muy principal por su fertilidad y por dos caudalosos ríos que junto a ella pasan, es a saber: Neso y Estrimón. En este camino los dos capitanes vinieron a las manos: Berenguer Entenza fue muerto en la pelea con otros muchos. Al infante don Fernando fue

forzoso dar la vuelta a Sicilia. En el camino fue preso junto a la isla de Negroponte por ciertas galeras francesas que por allí andaban. Con esta armada puso confederación Rocafort, como el que tenía entendido no podría alcanzar perdón de los aragoneses ni de los sicilianos; mas era tanta su soberbia, que puesta esta amistad, menospreciaba a los franceses y hacía de ellos pocos caso. Por esta causa prendieron a él y a un hermano suyo, y vueltos a Italia, los entregaron en poder de Roberto, rey de Nápoles, su capital enemigo, y él les mandó encerrar en Aversa. Allí estuvieron con buena guarda hasta tanto que del mal tratamiento murieron; castigo muy merecido por sus maldades. Don Fernando de Mallorca andaba más libre, porque su prisión no era tan estrecha, y poco después a instancia de los reyes de Aragón y Sicilia fue puesto en libertad. Llegó a Mecina, donde casó con doña Isabel, nieta de Luis, el postrer príncipe de la Morea, francés de nación, y que poco antes falleció sin dejar hijo varón. Partidos que fueron de levante los franceses, los catalanes que todavía quedaban algunos, por doquiera que iban, todo lo asolaban. Sucedió que Gualterio de Breña, duque de Atenas, del linaje de los franceses, tenía guerra con algunos señores comarcanos. Este convidó a los catalanes para que le ayudasen. Poco les duró la amistad: con color que no les pasaba se amotinaron y en cierta refriega, muerto el Duque, con la misma furia se apoderaron de la ciudad y la pusieron a saco. Verdad es que el nombre de duque de aquella ciudad reservaron para don Fadrique, rey de Sicilia. Deseaban que les acudiese, como los que sabían muy bien el riesgo que corrían si no les venía socorro de otra parte. Aceptó, pues, el rey don Fadrique aquella oferta y envió gobernadores para las ciudades y capitanes para la guerra, que todavía se continuó con diversos trances que sucedieron. Este estado mandó él después en su testamento a don Guillén, su hijo menor: a éste sucedió don Juan, su hermano, a don Juan don Fadrique, su hijo, por cuya muerte, que falleció sin dejar sucesión, recayó este principado en el rey de Sicilia don Fadrique, biznieto del primer don Fadrique, por cuyo mandado fueron los catalanes a Grecia la primera vez. De aquí los reyes de Aragón se intitulan, como reyes que son de Sicilia, duques de Atenas y Neopatria hasta nuestra edad; estados de título solo y sin renta. Fue esta guerra muy señalada por el esfuerzo de soldados, por las batallas que se dieron, por los diversos trances y sucesos, finalmente, por los muchos años que duró, que llegaron a doce no menos. Cosa maravillosa que se pudiese mantener tan poca gente tan lejos de su tierra, rodeada de tantos enemigos y dividida entre sí con parcialidades y bandos perpetuos. Esto movió al papa Clemente para que el mismo año que falleció escribiese al rey de Aragón muy apretadamente forzase a los catalanes por sus edictos a salir de Grecia. Hizo instancia sobre esto a ruego de Carlos de Valois; que poseía en la Morea algunas ciudades en dote con su mujer, demás de las lágrimas y quejas ordinarias que le venían de los naturales de aquella tierra, que se quejaban y plañían ser maltratados con todo género de molestias ellos y sus haciendas, hijos y mujeres por un pequeño número de ladrones, gente mala y desmandada. (Libro XV, cap. 14).

QUE EN ARAGÓN NOMBRARON NUEVE JUECES

Los catalanes, aragoneses y valencianos, naciones y provincias que se comprenden debajo de la corona de Aragón, se juntaban cada cual de por sí para acordar lo que se

debía hacer en el punto de la sucesión de aquel reino y cuál de los pretendores les vendría más a cuento. Los pareceres no se conformaban, como es ordinario, y mucho menos las voluntades. Cada cual de los pretendientes tenía sus valedores y sus aliados, que pretendían sobre todo echar cargo y obligarse al nuevo Rey con intento de encaminar sus particulares, sin cuidar mucho de lo que en común era más cumplidero. Los catalanes por la mayor parte acudían al conde de Urgel, en que se señalaban sobre todo los Cardonas y los Moncadas, casas de las más principales y aun entre los aragoneses, los de Alagón y los de Luna se le arrimaban; en que pasaron tan adelante, que Antonio de Luna por salir con su intento dio la muerte a don García de Heredia, arzobispo de Zaragoza, con una celada que le paró cerca de Almunia, no por otra causa sino por ser el que más que todos se mostraba contra el conde de Urgel y abatía su pretensión. Pareció este caso muy atroz, como lo era. Declararon al que lo cometió por sacrílego y excomulgado, y aun fue ocasión que el partido del conde de Urgel empeorase; muchos por aquel delito tan enorme se recelaban de tomar por rey aquel cuyo principio tales muestras daba. Los nobles de Aragón asimismo acudieron a las armas, unos para vengar la muerte del arzobispo, otros para amparar al culpado. Era necesario abreviar por esta causa y por nuevos temores que cada día se representaban; asonadas de guerra por la parte de Francia, y de Castilla compañías de soldados que se mostraban a la raya para usar de fuerza, si de grado no les daban el reino. Las tres provincias entre sí se comunicaron sobre el caso por medio de sus embajadores que en esta razón despacharon. Gastáronse muchos días en demandas y respuestas; finalmente se convirtieron de común acuerdo en esta traza. Que se nombrasen nueve jueces por todos, tres de cada cual de las naciones, éstos se juntasen en Caspe, castillo de Aragón, para oír las partes y lo que cada cual en su favor alegase. Hecho esto y cerrado el proceso, procediesen a sentencia. Lo que determinasen por lo menos los seis de ellos, con tal empero que de cada cual de las naciones concurriese un voto, aquello fuese valedero y firme. Tomado este acuerdo, los de Aragón nombraron por su parte a don Domingo, obispo de Huesca, y a Francisco de Aranda y a Berenguer de Bardax. Los catalanes señalaron a Sagariga, arzobispo de Tarragona, y a Guillén de Valseca y a Bernardo Gualbe. Por Valencia entraron en este número fray Vicente Ferrer, de la orden de Santo Domingo, varón señalado en santidad y púlpito, y su hermano fray Bonifacio Ferrer, cartujano, y por tercero Pedro Beltrán. Resolución maravillosa y nunca oída que pretendiesen por juicio de pocos hombres, y no de los más poderosos, dar y quitar un reino tan importante. Los jueces, luego que aceptaron el nombramiento se juntaron, y despacharon sus edictos con que citaron los pretendores con apercibimiento, si no comparecían en juicio, de tenerlos por excluidos de aquella demanda. Vinieron algunos, otros enviaron sus procuradores. Por el infante don Fernando comparecieron don Diego López de Zúñiga, señor de Béjar, el obispo de Palencia don Sancho de Rojas, que en premio de este y semejantes viajes dicen adquirió a su iglesia el condado de Pernia, que hoy poseen sus sucesores los obispos de Palencia. Las partes del conde de Urgel hacía don Jimeno, de fraile franciscano a la sazón obispo de Malta, y que alcanzaba gran cabida con aquel príncipe. A estos todos hicieron jurar pasarían por bueno lo que los jueces sentenciasen. Luis, duque de Anjou, no quiso comparecer, sea por no fiarse en su derecho, sea por estar resuelto a valerse de sus manos. Todavía recusó cuatro de los jueces como sospechosos y parciales. De don Fadrique, conde de Luna, no se hizo mención alguna; su edad era pequeña, los valedores ningunos, además de su nacimiento, que por ser bastardo habido fuera de matrimonio, no

les parecía con aquella mengua amancillar la nobleza y lustre de los reyes de Aragón; don Alonso de Aragón, duque de Gandía, y muerto él en lo más recio de este debate, su hijo don Alonso y su hermano don Juan, conde de Prades, que le sucedieron en la pretensión, fácilmente los excluyeron por tocar a los reyes postreros de Aragón en grado de parentesco más apartado que los demás competidores. Restaba el conde de Urgel y el infante don Fernando, que por diversos caminos pretendía vencer en aquel pleito y en aquella reyerta tan importante. Por parte del conde de Urgel se alegaba que las hembras, conforme a la costumbre recibida de sus mayores y guardada, debían ser excluidas de aquella corona y de aquella pretensión. Que se membrasen de los alborotos que resultaron en tiempo del rey don Pedro, no por causa sino por pretender dejar en su lugar por heredad a su hija doña Constanza. Después de la muerte del rey don Juan excluyeron, como incapaces, dos hijas suyas, las infantas doña Juana y doña Violante. Que no era razón por contemplación de nadie alterar lo que tenían tan asentado, ni moverse por ejemplos de cosas olvidadas y desusadas, sino más aún abrazar la costumbre más nueva y fresca. Excluidas las hembras, no sería justo admitir a sus hijos, pues no les pudieron traspasar mayor derecho que el que ellas mismas alcanzaran, si fueran vivas. Finalmente, que don Martín, rey de Aragón, nombró al fin de sus días por gobernador del reino y por su condestable al conde de Urgel, muy cierta señal de su voluntad y de su parecer que al Conde y no a otro alguno tocaba la sucesión después de su muerte. Estas eran las razones en que aquel Príncipe fundaba su derecho. Los procuradores del infante don Fernando, conforme a la instrucción e información que llevaba de don Vicente Arias, obispo de Plasencia, tenido en aquella era por jurista señalado y de fama en España, sin hacer mención del derecho que por vía de hembra competía al infante como flaco, tomaron diferente camino, es a saber, que el reino se hereda por el derecho que llaman de sangre; así, en caso que falte la línea recta de ascendientes y descendientes, y que se haya de llamar a la corona los parientes transversales, entre tales, puesto que estén en el mismo grado de consanguinidad, se debe tener consideración al sexo de cada cual y a la edad para efecto que el varón preceda a la hembra, y al más mozo el de más edad, sin mirar el tronco y la cepa de donde procede. Que esto era conforme al derecho común y observado en el particular de Aragón. Por este camino don Alonso, nieto del rey don Ramiro, heredó aquella corona; y el testamento del mismo en cuanto llamó a las hijas a la sucesión, de grandes juristas fue tenido por inválido y de ningún valor. (Libro XX, cap. 2.º).

QUE GRANADA SE GANÓ

Esta carta llegó a los reales el día de año nuevo la cual como el rey don Fernando leyese, bien se puede entender cuánto fue el contento que recibió. Ordenó que para el día siguiente, que es el que en Granada se hace la fiesta de la toma de aquella ciudad, todas las cosas se pusiesen en orden. Él mismo, dejado el luto que traía por la muerte de su yerno don Alonso, príncipe de Portugal, se encaminó para el castillo y la ciudad con sus gentes en ordenanza y armados como para pelear, muy lucida compañía y para ver. Seguíanse poco después la Reina y sus hijos, los grandes, arreados de brocados y sedas de gran valor. Con esta pompa y repuesto al tiempo que llegaba el Rey cerca del Alcázar, Boadbil, el rey Chiquito, le salió al encuentro acompañado de cincuenta de a caballo. Dio

muestra de querer aprear para besar la mano real del vencedor: no se lo consintió el Rey. Entonces, puestos los ojos en tierra y con rostro poco alegre: «Tuyos, dice, somos, Rey invencible; esta ciudad y reino te entregamos, confiados usarás con nosotros de clemencia y de templanza». Dichas estas palabras, le puso en las manos las llaves del castillo. El Rey las dio a la Reina, y la Reina al príncipe, su hijo; de él las tomó don Iñigo de Mendoza, conde de Tendilla, que tenía el Rey señalado para la tenencia de aquel castillo y por capitán general en aquel reino, y a don Pedro de Granada por alguacil mayor de la ciudad, y a don Alonso, su hijo, por general de la armada de la mar. Entró, pues, con buen golpe de gente de a caballo en el castillo. Seguíanle un buen acompañamiento de señores y de eclesiásticos. Entre éstos los que más se señalaban eran los prelados de Toledo y de Sevilla, el maestre de Santiago, el duque de Cádiz, fray Hernando de Talavera, de obispo de Ávila electo por arzobispo de aquella ciudad, el cual, hecha oración como es de costumbre en acción de gracias, juntamente puso el guión que llevaba delante de sí el cardenal de Toledo, como primado, en lo más alto de la torre principal y del homenaje, a los lados dos estandartes, el real y el de Santiago. Siguióse un grande alarido y voces de alegría, que daban los soldados y la gente principal. El Rey, puestos los hinojos con grande humildad dio gracias a Dios por quedar en España desarraigado el imperio y nombre de aquella gente malvada y levantada la bandera de la cruz en aquella ciudad, en que por tanto tiempo prevaleció la impiedad con muy hondas raíces y fuerza. Suplicábale que con su gracia llevase adelante aquella merced y fuese durable y perpetua. Acabada la oración, acudieron los grandes y señores a darle el parabién del nuevo reino, e hincada la rodilla, por su orden le besaron la mano. Lo mismo hicieron con la Reina y con el Príncipe, su hijo. Acabado este auto, después de yantar, se volvieron con el mismo orden a los reales por junto a la puerta más cercana de la ciudad. Dieron al rey Chiquito el valle de Purchena, que poco antes se ganó en el reino de Murcia de los moros, y señaláronse rentas con que pasase, si bien no mucho después se pasó a África; que los que se vieron reyes no tienen fuerza ni paciencia bastante para llevar vida de particular. Quinientos cautivos cristianos, según se tenía concertado, fueron sin rescate puestos en libertad. Estos en procesión luego el otro día después de misa se presentaron con toda humildad al Rey. Daban gracias a los soldados por aquel bien que les vino por su medio. Alababan lo mucho que hicieron por el bien de España, por ganar prez y honra y por el servicio de Dios; llamábanlos reparadores, padres y vengadores de la patria. No pareció entrar en la ciudad antes de estar para mayor seguridad apoderados de las puertas, torres, baluartes, y castillos; lo cual todo hecho, el cuarto día adelante, por el mismo orden que la primera vez, entraron en la ciudad. En los templos que para ello tenían aderezados cantaron himnos en acción de gracias; capitanes y soldados a porfía engrandecían la majestad de Dios por las victorias que les dio unas sobre otras y los triunfos que ganaron de los enemigos de cristianos. Los reyes don Fernando y doña Isabel con los arreos de sus personas, que eran muy ricos, y por estar en lo mejor de su edad y dejar concluida aquella guerra y ganado aquel nuevo reino, representaban mayor majestad que antes. Señalábanse entre todos, y entre sí eran iguales; mirábanlos como si fueran más que hombres y como dados del cielo para la salud de España. A la verdad ellos fueron los que pusieron en su punto la justicia, antes de su tiempo estragada y caída. Publicaron leyes muy buenas para el gobierno de los pueblos y para sentenciar los pleitos. Volvieron por la religión y por la fe, fundaron la paz pública, sosegadas las discordias y alborotos. así de dentro como de fuera. Ensacharon su señorío, no

solamente en España, sino también en el mismo tiempo se extendieron hasta lo postrero del mundo. Lo que es mucho de alabar, repartieron los premios y dignidades, que los hay muy grandes y ricos en España, no conforme a la nobleza de los antepasados ni por favor de cualquiera que fuese, sino conforme a los méritos que cada uno tenía, con que despertaron los ingenios de sus vasallos para darse a la virtud y a las letras. De todo esto cuanto provecho haya resultado, no hay para qué decirlo; la cosa por sí misma y los efectos lo declaran. Si va a decir verdad, ¿en qué parte del mundo se hallarán sacerdotes y obispos ni más eruditos ni más santos? ¿Dónde jueces de mayor prudencia y rectitud? Es así, que antes de estos tiempos pocos se pueden contar de los españoles señalados en ciencia; de aquí adelante, ¿quién podrá declarar cuán grande haya sido el número de los que en España se han aventajado en toda suerte de letras y erudición? Eran el uno y el otro de mediana estatura, de miembros bien proporcionados, sus rostros de buen parecer, la majestad en el andar y en todos los movimientos igual, el aspecto agradable y grave, el color blanco, aunque tiraba algún tanto a moreno. En particular el Rey tenía el color tostado por los trabajos de la guerra, el cabello castaño y largo, la barba afeitada a fuer del tiempo, las cejas anchas, la cabeza calva, la boca pequeña, los labios colorados, menudos los dientes y ralos, las espaldas anchas, el cuello derecho, la voz aguda, la habla presta, el ingenio claro, el juicio grave y acertado, la condición suave y cortés y clemente con los que iban a negociar. Fue discreto para las cosas de la guerra, para el gobierno sin par, tan amigo de los negocios que parecía con el trabajo descansaba. El cuerpo no con deleites regalado, sino con el vestido honesto y comida templada acostumbrado y a propósito para sufrir los trabajos. Hacía mal a un caballo con mucha destreza. Cuando más mozo se deleitaba en jugar a los dados y naipes; la edad más adelante solía ejercitarse en cetrería, y deleitábase mucho en los vuelos de las garzas. La Reina era de buen rostro, los cabellos rubios, los ojos zarcos, no usaba de algunos afeites, la gravedad, mesura y modestia de su rostro singular. Fue muy dada a la devoción y aficionada a las letras; tenía amor a su marido, pero mezclado con celos y sospechas. Alcanzó alguna noticia de la lengua latina, ayuda de que careció el rey Fernando por no aprender letras en su pequeña edad: gustaba empero de leer historias y de hablar con hombres letrados. El mismo día que nació el rey don Fernando, según algunos lo refieren, en Nápoles cierto fraile carmelita, tenido por hombre de santa vida, dijo al rey don Alonso, su tío: «Hoy en el reino de Aragón ha nacido un infante de tu linaje; el cielo le promete nuevos imperios, grandes riquezas y ventura; será muy devoto, aficionado a lo bueno, y defensor excelente de la Cristiandad». Entre tantas virtudes, casi era forzoso, conforme a la fragilidad de los hombres, tuviese algunas faltas. El avaricia de que le tachan se puede excusar con la falta que tenía de dineros y el estar enajenadas las rentas reales. Al rigor y severidad en castigos, de que asimismo le cargan, dieron ocasión los tiempos y las costumbres tan estragados. Los escritores extraños le echaban de hombre astuto, y que a veces faltaba a la palabra si le venía más a cuento. No quiero tratar si esto fue verdad, si invención en odio a nuestra nación; sólo advierto que la malicia de los hombres acostumbra a las virtudes verdaderas poner nombres de los vicios que les son semejables, como también al contrario engañan y son alabados los vicios que semejan a las virtudes; además que se acomodaba al tiempo, al lenguaje, al trato y mañas que entonces se usaban. (Libro XXV, cap. 18).

SUMARIOS

Año 1519. —El Emperador Maximiliano en Belsio, pueblo de Baviera, pasó de esta vida a 12 del mes de enero. Juntáronse los electores en Franfordia para nombrar sucesor, y dado que muchos pretendían ser elegidos con grandes negociaciones, principalmente de Francisco, rey de Francia, por voto de los electores fue antepuesto a todos Carlos, rey de España, a 28 de junio; mas por cuanto los reyes de Nápoles no podían aceptar el imperio por prohibición que de ello tenían de los pontífices romanos, alcanzó dispensación del Papa, con condición que cada un año, por el reino de Nápoles, fuese obligado a pagar siete mil escudos y una hacanea blanca, como se hace. No parece se efectuó esto enteramente hasta el tiempo de algunos años más tarde.

Año 1520. —Tuvo nueva de su elección en la ciudad de Barcelona, desde donde atravesada toda España, por el mes de mayo se hizo a la vela en la Coruña, y llegado a Flandes, en Aquisgrán tomó la primera corona del Imperio a 22 de octubre de mano del arzobispo de Colonia, como se acostumbra. Juntamente hizo de su voluntad donación a don Fernando, su hermano, de Austria y de los demás estados de su abuelo el emperador Maximiliano. Quedaron por gobernadores de Castilla el Cardenal Adriano y el condestable Iñigo de Velasco, y el almirante don Enrique Enríquez. No les faltó diligencia para sosegar la gente popular, que andaba alterada; pero con todo su cuidado no fueron parte para que no acudiesen a las armas, de donde resultaron las Comunidades, guerra muy nombrada en España. Quejábanse que por la avaricia de los flamencos todos el oro de España había desaparecido, y con su gobierno muy pesado y riguroso la libertad del reino estaba oprimida, los fueros y leyes quebrantadas. Era así, que Carlos de Gevres, ayo del nuevo rey, no contento con hacer después de la muerte del cardenal don fray Francisco Jiménez a su sobrino, hijo de su hermana, Guillermo de Groy, arzobispo de Toledo, con diferentes mañas rebañara la moneda de oro y doblones de dos caras, muy subidos de ley. Los más principales caudillos de las Comunidades fueron Juan de Padilla, uno de los más principales caballeros de Toledo, y don Antonio de Acuña, obispo de Zamora. Juntáronse con ellos muchas villas y ciudades. Vinieron a las manos los comuneros y los reales en muchas partes sin declararse del todo la victoria por la una ni por la otra parte, hasta que por fin de este año los reales ganaron Tordesillas, donde los comuneros estaban fortificados, y tenían en su poder a la reina doña Juana, y poco adelante, el 23 de abril del año siguiente, se dio la batalla de Villalar, donde los comuneros fueron vencidos y presos sus caudillos principales, es a saber, Juan de Padilla, Bravo y Maldonado, de los cuales se hizo justicia, y aun al mismo obispo de Zamora dieron garrote en Simancas, donde le tenían preso. Con esto en gran parte se dio fin a esta guerra y se sosegaron estas alteraciones, mediante la gran prudencia y autoridad del Consejo Real, a quien en todo se remitía el Emperador. Y doña María Pacheco, mujer de Juan de Padilla, con ánimo varonil, en lugar de su marido, se hizo como caudillo de los comuneros en aquella demanda, y siempre los animaba, pero sin hacer efecto que sea de contar. Y también el duque de Segorbe venció en otra batalla a los germanats de Valencia junto a Murviedro. Así se llamaban las Comunidades que también en aquella parte se levantaron.